
3 1761 04948527 9



ORO

Carlos Pío y Federico Uhrbach

ORO

HABANA

1907



IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL, AMARGURA 30, HABANA.

Á CUBA

Á LOS POETAS

C. P. y F. U.

FLORILEGIO

I

A FEDERICO UHRBACH

ARTISTA milagroso: ¿con qué oro
sublime tus estrofas modelaste
que fulge en él cual prodigioso engaste
tu ardiente corazón como un tesoro?

Bajo qué nuevos moldes el sonoro
raudal de tus palabras encerraste
que en el ritmo fugaz eternizaste
las voces del amor en dulce coro...?

—Yo de mi alma en las profundas simas
recogí el oro espiritual que esplende
del poeta en los fúlgidos trofeos

y mis rimas forjé. Sobre mis rimas
en vibraciones rítmicas se extiende
la armonía interior de mis deseos!

DULCE MARÍA BORRERO.

II

GEMELAS

PÓRTICO PARA "ORO"

AL BRILLAR de estas rimas, no advierto
cuáles son en el *Oro* cautivo,
los destellos que vienen del vivo,
los fulgores que emanan del muerto.

Con el libro—las horas abierto—
no descubro en el canto votivo,
las tristezas del númen del vivo,
los dolores del alma del muerto.

Hermanados acento y motivo,
genio y arte, cual lírico ingerto
de dos arpas, el són brota altivo,

y se mezcla en el áureo concierto,
con la gloria doliente del vivo,
la dramática gloria del muerto!

MANUEL S. PICHARDO.

III

A FEDERICO UHRBACH

SOÑADOR incurable, buzo maravilloso
que bajas por la escala del Ensueño á los mares
de la santa Poesía, para forjar collares
de rimas que son perlas de un matiz luminoso:

Forma con esas perlas, artífice ingenioso,
una como diadema de níveos azahares,
con la cual á la Musa que inspira tus cantares
coronarás, oh bardo de númen prodigioso.

Luego será tu orgullo como un orgullo regio
al besarte tu Musa con un beso de gloria,
justiciera ensalzando tu labor de rey mago...

Y en la góndola donde navega el Arte egregio,
y que conduce al genio preclaro á la victoria,
cruzarás la hechizada transparencia del lago.

DIWALDO SALOM.

Uhrbach.

IV

o

A LOS POETAS DE "ORO"

HAY CUMBRES que se inclinan temerosas
al roce de las águilas altivas;
hay florestas que mueren pensativas
ante el sumo milagro de las cosas.

El oro de las tardes misteriosas
se besa con las náyades furtivas
y el alma de las músicas esquivas
se perfuma en el oro de las rosas.

Orquesta y corazón, nimbo y victoria
encierra el oro de un rosal de gloria
que levantan dos príncipes lejanos

sobre las altas cumbres inclinadas.
Oh milagro de liras enlazadas !
Oh poder de dos príncipes hermanos !

OSVALDO BAZIL.

V

EL MILAGRO DE ORO

Eran dos nobles príncipes hermanos,
caballeros andantes de la rima,
que en viaje del Parnaso hacia la cima
prodigaban el oro con sus manos.

Eran de oro su escudo y sus corceles,
de oro sus espadas, y de oro
las cuerdas del espléndido y sonoro
laúd con que cantaban sus rondeles.
....

Y dice, misteriosa, una leyenda
que al caer el mayor sobre la senda
se fundió con el oro en su tesoro;

y desde entonces, triste y solitario,
cabalga el pobre hermano visionario
en busca de su príncipe de oro...

FÉLIX CALLEJAS.

VI

HOMENAJE

A FEDERICO UHRBACH.

CADA vez que descifras el arcano
del verso, y que tu estrofa maravilla,
pienso que has de sentir en la mejilla
la impresión de los besos de tu hermano.

Aunque se hospeda en un confín lejano,
en este libro su recuerdo brilla,
como en la soledad de una capilla
la luz del sol sobre un cabello cano...

Si él á su tumba se llevó el secreto
de su fino cincel, y en el soneto
su musa aristocrática vencía,

nos queda aquí tu bandolín sonoro
y de tu númen opulento el oro
que se confunde con la luz del día.

B. BYRNE.

VII

EN LA CIMA

LOS UHRBACH.

Ligados por un haz de espirituales
fuerzas, avasallaron la poesía,
dando á sus versos resplandor del día
y misterios de noches invernales.

Cuando los viejos bosques tropicales
la voz aguda del clarín hería,
uno en la noche trágica moría
constelando al morir sus ideales.

Como las ondas en el mar inmenso
para lucir su airón de blanca espuma,
ellos bregaron con ardor intenso.

No valió que la muerte se opusiera,
que su vigor la adversidad no abruma,
clavando, en la conquista, su bandera.

Félix L. Campuzano.

VIII

DOS EN UNO

PARA "ORO"

ADOLESCENTES ambos, los ví al paso,
siervos de la poética mentira,
reflejando en el oro de su lira
resplandores del orto y del ocaso.

Ambos peregrinaban al acaso,
sin presentir, que trágica en su ira,
la fatal segadora que nos mira
á uno dejara muerto en campo raso.

Hoy que la austera Gloria los recibe,
al arribar al anhelado puerto
un rumor de sollozos se percibe...

Y meditando en ellos digo incierto:
no sé si Carlos Pío, muerto, vive,
ó si es que Federico vive muerto.

ENRIQUE HERNÁNDEZ MIYARES

IX

PARA EL LIBRO "ORO" DE LOS UHRBACH

Son dos orillas de un mismo cauce los dos hermanos.
Mas una ostenta, del sol bañada, su lozanía,
mientras la otra perdió en la sombra la que tenía,
porque la muerte sobre ella puso las flacas manos.

Las dos orillas, como al abrigo de los insanos
gélidos soplos que en el misterio la suerte envía,
guardan el cauce por donde corre la poesía
sin olas turbias, ni saltos locos, ni giros vanos.

Es hondo el cauce, y al borde llega la linfa pura.
La linfa es clara, y el aire impregna de su frescura.
Pero ¡ ay ! ¿qué tiene que al que la bebe la sed no calma... ?

Por mí lo digo; por mí que, ansioso, la bebo y siento
siempre despierta, siempre insaciable, siempre en aumento,
la sed de ritmos que repercuten dentro del alma !

Francisco Díaz Silveira.

X

LOS HERMANOS UHRBACH

PARA EL LIBRO "ORO"

JUNTOS, bajo el dosel de la Quimera,
y abierto de la Rima el estandarte,
en la floresta mágica del Arte
nacieron una hermosa primavera.

Tremolando de Apolo la bandera
y galopando en el corcel de Marte,
la gloria con los dos sus lauros parte
como la más amante compañera.

Tristes y misteriosos jardineros
entre los melancólicos senderos
del camino, sus rimas deshojaron,

y como luminosos ruiseñores,
cantando sus nostálgicos amores
á la cumbre inmortal juntos llegaron.

JOSÉ M. CARBONELL.

PREFACIO

PREFACIO

TAL VEZ sea necesario, á modo de proemio, poner en la inicial de estos poemas una frase que explique la aparición del libro, tal como se publica, guardando confundidas las rimas del poeta tan prematuramente fallecido y mis rimas que, avaras del recuerdo, no cejan en su empeño de continuar unidas á las suyas, en comunión intensa, como fueron soñadas, como fueron escritas y como se hundirán en el olvido.

Fué en una fugitiva primavera—génesis de las rosas y los cantos—cuando tras de GEMELAS,—esbozos prematuros de lirismo—pensó el pobre vencido agrupar en volumen, y en la forma con que ahora se presentan, los versos que, imperiosos, hijos de todo germen de visión y de ensueño, brotaban á la vida en época tan dulce y tan propicia, y fué en la primavera, hoy lejana y doliente, como ORO, título que responde sólo á la aspiración de la belleza, empezó á concretarse y anheló difundirse, como una floración de pensamiento, en el período de las floraciones.

Hasta aquí la labor fué de consuno; hasta planear el li-

bro, dejándolo pendiente de algún postrer retoque, de alguna corrección de última hora para darlo á las prensas.

Después...

Nuestra guerra de independencia, con todos sus horrores lustrales, con todas sus necesarias y vigorosas imposiciones, con todas sus miserias y grandezas y con su voz de sangre sugestiva, como voz insinuante de caracol sonoro que llamaba á la liza, hizo sellar el labio y reclamó con su derecho austero é ineludible el esfuerzo de todos los cubanos, y por primera vez nos separamos: mi hermano fué á la guerra y yo fuí al extranjero.

Todavía una vez más logramos vernos, y fué cuando el poeta, ahora el audaz soldado, llegó al triste país donde yo estaba, los Estados Unidos, y donde entre otras cosas volvimos á soñar por breve tiempo, aunque ahora eran sus sueños como una lluvia de melancolía, que allí, en tierra extranjera, había muerto hacía poco la amada inolvidable de su alma, aquella dulce niña, aquella dulce musa tan grande y luminosa que en vida se llamó Juana Borrero.

Cuando en el viejo muelle, mientras la brisa marina que azotaba los rostros silbando entre las jarcias parecía mascullar como una queja, nos abrazamos por la vez postrera, yo, incauto, me aferré á la quimera venturosa—triste miseria humana—de soñar las ausencias temporales, y él, de ello estoy seguro, tenía el convencimiento de que era para siempre la partida.

Y una clara mañana de diciembre, una mañana de Nöel, todo oro y todo rosa, murió de hambre y de fiebre en la manigua agreste é impasible, y se extinguió por siempre aquel espíritu, tan lleno de visión, de arte y de aurora, y al llevarse á la tumba con su mundo interior maravilloso, un mundo inagotable de poesía, se llevó para siempre, ¿por

qué no confesarlo?, enredado en su amor y en sus ensueños, acaso lo mejor de mi existencia.

Y mutilado vivo. Cada vez que he intentado continuar la labor que quedó trunca, he sentido el dolor de la impotencia, como el pobre soldado que perdiera en la brega el brazo, orgullo y fuerza de la espada, y que luego, insensato, olvidara su mísera flaqueza é intentase de nuevo combatir á las huestes enemigas.

Si alguien quiere creerme, que entre á mi corazón adolorido: si nó, tengo á mi alma, altiva en su modestia, y refúgiome en ella á solas con mi duelo y con mis sueños; con mi profundo duelo, que me liga á la vida con la única verdad del sufrimiento, y con mis claros sueños que, embriagados en el amargo vino del recuerdo, me alucinan á veces con un milagro de resurrecciones.

Tal ha sido el motivo, esa mutilación de mi existencia que me restara decisión y ánimos, de la demora en editar un libro escrito hace algún número de años y que el pobre poeta fallecido quiso que se editara en aquella fecunda primavera.

Ahora aparecen las fugaces rimas como consagración á su memoria.

F. U.

A LA PATRIA

A LA PATRIA

¡CUÁN triste y dolorosa
tu imagen vuelve á encadenar mi ensueño,
con la épica visión de la espantosa
trágica brega de tu heroico empeño!

Y torno á contemplarte
á través de la niebla de mi llanto,
como en la aurora de tu gloria, alzarte
del dolor, de la sangre y del espanto.

Del corazón herido
en el trance fatal de la contienda,
no brote melancólico el gemido
que perturbe el encanto de tu senda.

Patria, de tus entrañas
que rasgaste en heroica sacudida,
brotó al rojo fulgor de tus hazañas
el nuevo germen de tu propia vida.

Horrible, la pelea
de tu estoica virtud fecundó el grano,
cual se fecunda pródiga la idea
que brota al golpe del dolor humano.

Fulgurando el acero
del ideal á la radiosa lumbre,
cantó la épica estrofa del guerrero
del fértil llano á la atrevida cumbre;

rendidos en la cima
del patriotismo augusto los deberes,
cante del labrador la dulce rima
cabe el influjo próvido de Ceres.

Duerma el bélico arreo
y despierte el apero de labranza,
uniendo al victorioso clamoreo
el himno de la vida y la esperanza.

La luz trágica espira
si el salvador incendio palidece,
y el resplandor de la gigante pira
en el iris de paz se desvanece.

Si tu empuje no cede,
el soplo que agitara las banderas
en el rudo combate, también puede
reverdecer extintas primaveras.

Después de la fatiga
florezca el lauro en tu sudor bañado,
para que el brote de la rubia espiga
complemente la gloria del soldado.

En el germen sangriento
que en tu seno aventaran los reveses,
duermen en doloroso sedimento
vitales jugos de pujantes mieses.

Patria, de tus labores
torna á la dulce brega, que si inclinas
la frente, será al peso de tus flores,
nó al áspero dolor de las espinas.

Y si en el surco de tu arado, el filo
descubre el cráneo de mi pobre hermano,
para que pueda reposar tranquilo,
cuéntale la derrota del tirano!

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Somos nosotros pálidos pintores
que diluyendo el alma en la paleta,
esbozamos ensueños de poeta
con justas gradaciones de colores.

La trágica expresión de los dolores
forja marco á la cláusula discreta,
si la indomable aspiración, boceta
iris de fugitivos resplandores.

En el cielo del arte, los matices
cruzándose en artísticos deslices
simulan espejismos visionarios,

y en el paisaje desolado, abiertos
lirios negros en cármenes desiertos
forja nuestra labor de solitarios.

Somos nosotros pálidos pintores
que infundir anhelamos al bosquejo,
la expresión vacilante del reflejo
que agoniza entre lampos tembladores.

La dicha que difunden los amores
ó el pesar que deforma el entrecejo,
quisiéramos copiar, como un espejo
de una ninfa los rasgos turbadores.

Pero, como los copos invernales
el diáfano fulgor de los cristales
opacan con sus gélidos sudarios,

implacable el olvido tenebroso
opacará, cruzando misterioso,
nuestra extraña labor de solitarios.

ORO

ORO

En el oro del verso
engarza sus prodigios el ensueño,
espiritual divagador eterno
que arroja luminosos parpadeos
en el oro del verso.

Dibuja las aristas
sutiles y brillantes de la dicha
que estalla en bullidoras alegrías,
y del gesto inicial de la sonrisa
dibuja las aristas.

Amorosos deleites
traza en la curva cándida que vence
la fuga audaz de virginales nieves,
y da al fulgor de sonrosadas frentes
amorosos deleites.

De su hechizo la forma
revélase en conquistas fabulosas,
y de las almas en la brega heroica
diseña el espejismo de la gloria
de su hechizo la forma.

De la vida en la senda
se finge vencedor de la tristeza,
y su magia eslabona la cadena
que logra eternizar la primavera
de la vida en la senda.

Forja constelaciones
que prende en el misterio de las noches
eternas de los pálidos insomnes,
y de sus melancólicos dolores
forja constelaciones.

Del corazón humano
conoce del amor el dulce halago
y la lustral consagración del llanto,
mas huye del gemido desolado
del corazón humano;

y encastíllase presto
en el azul de imaginarios cielos
por huellas de escondidos derroteros,
ó en el oro magnífico del verso
encastíllase presto.

POEMAS CREPUSCULARES

LAS ÁNFORAS DEL ENSUEÑO

A MME. EDMOND ROSTAND

I.

PARA UNOS OJOS

Señora: no es tu puro perfil de Anadyomena,
ni el prodigioso gesto ritual con que estimula
mi ensueño tu belleza, la magia que formula
el filtro que á tu imperio mi espíritu encadena.

Señora: es de tus ojos antiguos, la serena
irradiación celeste, que compasiva adula
el engañoso encanto del alma, y que simula
ser para el alma encanto de inagotable vena.

De tus pupilas glaucas la clara linfa dora
un resplandor de estrellas ó un resplandor de aurora
que en tu mirada intensa su claridad diluye;

y en sus tranquilas ondas, al pálido reflejo
de azules de Florencia y chispas de oro viejo,
la tenebrosa barca de mis lujurias huye...

II

PARA UNAS ROSAS

Rosas que el rosa tenue de senos virginales
mostráis, y la clausura del tiesto cristalino
ornamentáis con tonos de lampo vespertino
ó fugitivas luces de cielos otoñales.

Espirituales rosas que á las espirituales
contiendas amorosas unís vuestro destino,
poniendo en las mejillas rubores, y en el vino
de amor de rojas bocas los hálitos sensuales.

En el fecundo huerto del corazón, nacidas
las rosas del ensueño, dobléganse rendidas
al alma de las rosas que en el salón divaga,

y dulces rendimientos el corazón presume
en la embriaguez suprema que emerge del perfume
y el resplandor de rosa que la pupila embriaga.

III

PARA UNOS MÁRMOLES

La curva, con la gracia de espiritual dulzura
de un vuelo, desenvuelve sus fugas armoniosas
en un desbordamiento de líneas prodigiosas
que leves, sutilizan la cándida escultura.

La modelada piedra destácase y fulgura
el resplandor que irradian las almas luminosas,
los oros, las estrellas, las liras y las diosas
y el genio que en sus trazos anímase y perdura.

Del cincelado torso rompiendo la serena
ondulación, el ala esquiva la terrena
forma, en la majestuosa realización de un sueño:

y al presentir su ruta de inciertas lejanías,
del ala cuelgo el hilo de mis melancolías
y la impalpable malla de mi vital empeño.

IV

PARA UNAS VOCES

En la penumbra incierta del historiado coro
disuélvese un perfume como de castidades,
y de la nave inmensa las blancas soledades
invade un leve soplo de virginal decoro.

De los erguidos cirios la lágrima de oro
tiembla al errar el vuelo de espiritualidades
que emana de las voces del coro, en suavidades
flexibles, tenues, leves, como hálito sonoro.

La vibración postrera se extingue de las voces,
y aún se perciben vagos, como sedosos roces
que pueblan el silencio de los sitiales almos;

y el ánimo interroga, si en la alta sillería
expira lentamente la santa melodía
ó inícianse en el alma desconocidos salmos.

V

PARA UNOS ASTROS

Las pensativas horas de mis divagaciones
ascienden por la escala de mis filosofías,
buscando por senderos de inmensas lejanías
el inmutable ritmo de las constelaciones.

En el azul profundo de sus consagraciones
palpita un infinito como de analogías,
entre sus lobregueces y las tristezas mías,
entre sus luminares y mis aspiraciones.

De las lunares albas, los ópalos prologan
los siderales temas en que ávidas dialogan
con mis exaltaciones las pálidas estrellas,

y al dar á mis ensueños brillantes espejismos,
en sus doradas hebras enredo mis lirismos
y aspiro á que perduren lo que perduren ellas.

VI

PARA UNAS LIRAS

¡Oh liras! ¡Oh prodigios! que en la sutil esencia
del verso, habéis fundido la esencia de la vida,
con el aroma dulce del alma enflorecida
y el corrosivo aroma de la implacable ciencia.

Del vino de la rima la viva efervescencia
guarda en sus embriagueces el germen en que anida
la magia que transforma la selva presentida
en encantado huerto de eterna florescencia.

Yo de ese vino quiero libar hasta las heces,
y para que me embarguen las sabias embriagueces
que ponen en el alma como el fulgor de un astro;

Rostand me dé el Borgoña de su gloriosa Galia,
escáncieme D'Annunzio su Lácrima de Italia
y bríndeme su Oporto el portugués De Castro.

PARA UNA VIRGEN...

I

EN LA BARANDA

Desatada tu indócil cabellera,
sobre tu cuello mórbido extendida,
aparece tu faz ensombrecida
con su dulzura angelical, austera.

Por los celestes ámbitos viajera,
en amantes deliquios adormida,
tu alma, por la pasión engrandecida
llena la inmensidad con su quimera.

Tus profundas miradas siderales
de las estrellas los azules rastros
siguen cruzando místicos senderos;

porque forjan tus bellos ideales,
melancólicos brillos de los astros
y olor de florecidos limoneros !

II

EN LA FIESTA

La luz de tu pupila esplendorosa,
el casto regocijo de tu empeño
aclara en las penumbras del ensueño
como un cáliz luciérnaga radiosa.

De tu olímpica frente majestuosa
refúgiase en el ampo marfileño,
el tinte fugitivo de sedeño
pétalo róseo de temprana rosa.

Con recatada timidez ondulas,
si entre la bruma del encaje envuelta
lírica ostentas vaporosas galas...

Indolentes anhelos estimulas,
que aguardan ver sobre tu espalda esbelta
de improviso surgir nítidas alas!

III

EN LA ARCADA

Bajo el dosel de la esculpida arcada
eres visión de blanca vestidura,
que de una estrofa esquiva la clausura
por suplicantes ritos evocada.

Por locas inquietudes agitada,
tus ojos, que abrillanta la ternura,
fíjanse, escrutadores, en la obscura
sombra de la avenida enarenada.

En la tiniebla nocturnal imitas,
inmóvil en el rico barandaje,
virgen enferma ó moribundo nardo…

Viendo en el horizonte de tus cuitas
cruzar con resplandores de celaje
la última rima del ausente bardo!

IV

SOLA

De un mármol griego la actitud serena,
tu rostro de crepúsculo apacible,
muestra como una diosa inaccesible
á impuro halago de pasión terrena.

De perezosas languideces llena,
adúnanse en tu hechizo inmarcesible,
la noble majestad de lo impasible
y el encanto sutil de la sirena.

En tus labios el ósculo entumido,
de la Dicha confiado en el regreso,
es ave inerte que se heló en el nido;

y hay en la placidez de tu embeleso
un desfallecimiento parecido
á la honda laxitud del primer beso!

Y TU ALMA ABSORTA...

A MANUEL S. PICHARDO.

Tus finas manos
como caléndulas boreales
que simbolizan locos empeños,
locos empeños irrealizables de los Correggios y los Ticianos,
como las manos ultraterrestres de las figuras de los misales,
han puesto notas en el breviario maravilloso de mis en-
sueños,
en el infolio de mis visiones han puesto cláusulas marginales
consoladoras de mis tristezas y traicioneras de tus arcanos.

Tus dulces ojos como violetas,
ojos que dicen de las Ligeïas, de las Roxanas y las Julietas,
tus dulces ojos
en el misterio de sus penumbras han redimido
las obsesiones torturadoras de mis antojos
y la postrera sombra de culpa de la caricia que te reclama...
y al suave influjo de tu pupila, como un poniente desva-
necido
en una aurora casta de luna, de mis lujurias la viva llama
es tenue lampo de blanca estrella que de tus ojos implo-
ra el nido.

Tus labios breves,
tus breves labios donde las rosas tímidamente dejan el rosa
de sus rubores, como la tarde deja su encanto sobre las nieves;
tus labios saben la milagrosa
de la caricia fórmula extraña,
que une en un beso lava y rocío, que es roja adelfa y es tu-
berosa,
que daña y cura, mancha y redime, culpa y perdona, hie-
re y restaña;
y esos tus labios con su dibujo
fino y correcto de busto asirio,
me han revelado con sólo un gesto, con sólo un rictus, to-
do el influjo
que en mi alma ejerce, regenerándola, con su perfume tu al-
ma de lirio.

Tu cabellera,
toisón glorioso que flota al aire como bandera
sobre las huestes de mis rendidas exaltaciones,
ó junto al cuello, flexible y grácil, como ala herida se plie-
ga inerme,
tiene en sus hebras deslumbradoras como fugaces exhala-
ciones,
y en la molicie de sus airones
las vaguedades de lo que vuela, de lo que hechiza, de lo que
sueña, de lo que duerme.
Tu cabellera de ámbar, aroma
las embriagueces de mis lirismos,
y con su filtro mitiga y doma
la fiebre insana donde se enfloran las tentaciones de los abis-
mos...;
de tus guedejas
buscan la lumbre para dorarse con los destellos de sus madejas,
mis rendimientos, enamorados de tus sutiles romanticismos.

Y tu alma absorta, tu alma impoluta, llena de asombros, maravillada
de los asombros que en ti florecen como las rosas de la alborada
con que se inicia
la primavera gentil del beso, la dulce gama de la caricia,
de mi alma implora
la confidencia reveladora
de tus extrañas melancolías y tus extáticas languideces,
y rinde cándida á mi tristeza
el casto abrigo de su regazo
y el tierno brote de su pureza,
Jordán piadoso que regenera de mis instancias las lobregueces,
raro amuleto que con su magia de mis torturas desata el lazo.

Tus finas manos
trazan el gesto definitivo que á mis demandas fijan la senda;
tus pensativos ojos toscanos
tenues alumbran la compasiva gracia infinita de tu encomienda;
tus labios breves,
conjuradores de las aleves
solicitudes de mis pasiones,
la frase dicen, el tema esbozan, alba y ocaso de mi quimera;
y en los airones
de tu romántica cabellera,
tiembla la malla fosforescente de luminosas irradiaciones
donde sus redes tu alma eslabona
y con el brote de su pureza perpetuamente mi alma aprisiona.

Uhrbach.

EL ENSUEÑO DEL CHAMPAGNE

VIERTE el Champagne su cántico sonoro,
clarín de amor que enciende los sentidos,
como versos magníficos de oro
que en arpas de cristal fuesen tañidos.

Resuena en las obscuras soledades
donde habita un cartujo: el sufrimiento;
columpia vaporosas ansiedades,
y hace un héroe bizarro al pensamiento.

Tiene el Champagne encanto que fascina
y un conjuro que evoca en el delirio,
con el peplo rasgado á Mesalina
y á Baltasar en el banquete asirio.

Canta de noche picarescas trovas
que llevan en sus ritmos tembladores,
diálogos aprendidos en alcobas
que fueron tabernáculos de amores.

Ronda la mente en cadencioso giro,
aletarga con dulces embelesos,
remeda las ternuras del suspiro
preludiando la gama de los besos.

Aparece en las horas desoladas
heraldo de una diosa: la Alegría;
ó guerrero conduce las cruzadas
del placer á las bregas de la orgía.

Madrigales le rima á las ojeras,
endechas á las bocas encendidas,
y sabe la canción que á las caderas
hace ondular de gozo estremecidas.

Bardo en la bacanal, canta sus cantos
que desperezan ansias indecisas;
lleva por el desierto de los llantos
caravanas errantes, las sonrisas.

Su acento finge rumorosos ruegos,
da, pródigo, opulencias á la idea,
y en venas agotadas vierte fuegos
capaces de animar á Galatea.

Llega su imagen del ensueño rauda
y envuelve las venturas soñadoras
en la gasa de luz que de su cauda
desprenden las facetas brilladoras.

Oh el sueño del Champagne! El goce agita.
A los pobres bohemios idolatra;
ofrece la pasión de Margarita,
dice las confidencias de Cleopatra!

Uhrbach.

UNA MISS

Y

EN LA CALLE

LAS GUEDEJAS son rayos de un sol de otoño
que iluminan la aurora de su semblante,
donde un girón de cielo fingen los ojos
y los labios la llama de los celajes.

En su mirada insomne brilla el arrojo
que audaz va realizando sus ideales,
si febril, cual un pájaro revoltoso,
vivaracha atraviesa calle tras calle.

A su linda garganta ceñido el boa,
con halagos felinos tenaz se enrosca
conteniendo una lluvia de locos besos;

sus manos sonrosadas el guante oprime,
y rauda, como un sueño, va en los patines
su silueta arrojando fugaz al hielo.

II

EN EL SALON

Arroja de sus hombros la cachemira
con mezcla de altiveces y sobresaltos,
y tan sólo se rinde, paloma arisca,
de valses opulentos á los reclamos.

Tras áureos crisantemos, tiembla y se agita
todo el rubor de un seno virgen y blanco,
y entre un desbordamiento de encajes, brillan
sobre cimas polares tonos de ocaso.

El pálido celaje fulge en sus ojos
nuevas coloraciones, tintes del trópico
que vela el varillaje del abanico;

y del gas á las rojas llamas intensas
los rayos otoñales de sus guedejas
se inflaman en la gloria de un sol de estío.

Uhrbach.

III

EN LA PLAYA

Gentil y bulliciosa, junto á la nuca
el oro de sus crenchas apelotona,
y de leves batistas trueca la bruma
por los marinos lienzos donde se arropa.

De las brillantes gradas se arroja súbita
rompiendo con sonoro golpe la onda,
que al llover en su rostro chispas de espuma
finge nevados copos en virgen rosa.

Luego, tras afanosa y alegre brega,
indolente se rinde sobre la arena
copiando el oleaje su azul pupila,

por cuyo fondo ruedan, ninfas, tritones,
una vela que surge del horizonte
y ansias de inmensidades y lejanías...

IV

EN LA ALCOBA

La bruma del encaje torpe desciñe,
que rueda como en vuelos de leves nubes,
prometiéndose al sueño que la persigue,
con desperezamientos que lo seducen.

Sus piadosas miradas tiernas sonríen
á un Nazareno antiguo, y en miedos dulces,
temiendo que el madero se ruborice,
las sonrosadas manos el seno cubren.

Soñando dar al Cristo su virgen alma,
sueña con el Neptuno que vió en la playa
ó el Apolo galante de la gavota.

Y al hollar las almohadas, blanca y desnuda,
arroja en el espejo claros de luna
con temblores de rosas que se deshojan.

TUS VERSOS

Tus versos, alma mía,
difunden tu pureza en mis ensueños,
misterioso Jordán en cuyas ondas
se redimen mis tristes pensamientos.

Como hálito de rosas tempraneras
en agostado huerto,
ó luminosa irradiación de astros
en las penumbras pálidas del cielo,
vierten tus castas rimas
aroma y luz en mis dolientes versos,
dejando entre las brumas de mi alma
el bálsamo inefable del consuelo.

Yerran en tus estrofas,
parvada melancólica de sueños,
tristezas prematuras que agonizan
perdidas en la niebla del recuerdo,
tímidas candideces virginales,
suaves florecimientos
de adormidos anhelos inconscientes
iniciándose en ténues aleteos,
y dulces castidades, que pudieran
purificar la llama del deseo.

En mis estrofas vagan
al fulgor de un crepúsculo de invierno,
ansias de incomprensibles lejanías,
sed de idílicos tiempos,
llantos por los que sufren,
nostalgias de olvidados cementerios,
y en fastuoso tropel de aspiraciones
y de desbordamientos,
todos los atavismos de una raza
fundidos en la cólera de un pueblo.

Tus versos, alma mía,
trazan á mis estrofas el sendero
que conduce al Jordán en cuyas ondas
se redimen mis tristes pensamientos.
Mis rimas sólo anhelan
mezclarse á tus plegarias y tus ruegos,
temblar junto á tus rimas
en el tibio regazo de tu seno,
ó morir en la rosa de tu boca;
que al espirar, prendidos en un beso,
mis versos se perfuman en tus labios,
mis labios se perfuman con tus versos.

PARA UNOS LABIOS

INVEROSÍMIL, fina y breve
finge tu roja boca en flor,
huella de sangre sobre nieve,
huella en armiño, de rubor;

Y prisionera en el encaje
de tu semblante de misal,
prende la llama de un celaje
en un crepúsculo boreal.

Remeda el pétalo de grana
que escancia el filtro de su miel,
en una frágil porcelana
un leve trazo de pincel.

Bajo el fulgor maravilloso
de tu pupila sideral,
tu boca inicia un misterioso
sueño de nácar y coral.

Su magia tiene de la flama
flagrante hechizo turbador;
de viva flama que reclama
la mariposa del amor.

La sugestión de su dibujo
evoca el rictus ideal,
que á la Gioconda dió el influjo
de su sonrisa espiritual.

Cuando simula egregia urdimbre
de tus cabellos el toisón,
tu roja boca es rojo timbre
de aristocrático blasón.

En su rosada florescencia
tu boca, pienso que será,
de alguna Médicis herencia
ó dón gentil de una Valois.

Risueña joya en miniatura
que te legó la Dubarry,
brillante y húmeda fulgura
el alma intensa del rubí.

Al darse líricos y sabios
en el deliquio pasional,
hay en el beso de tus labios
toda la gama musical.

Y al enarcarse en la sonrisa
que une á las rosas el jazmín,
sobre su púrpura se irisa
toda la gama del carmín.

Cuando tu boca en flor inicie
el grave gesto de pasión
que unja tu lánguida molicie...
porque tu boca me acaricie
te rendiré mi inspiración.

EN LA PARTIDA

I

Ella, por el dolor acongojada,
en actitud de mártir, parecía
caléndula que lánguida moría
con la virgen corola replegada.

Del sufrimiento en la inacción sagrada,
su alma desfalleciente percibía
cruzar su ensoñadora fantasía
dolorosos presagios en parvada.

Ennoblecieron su ideal semblante,
melancólicos tintes de azucenas
y del pesar el trágico decoro.

Creyendo, en su amargura agonizante,
que la vida escapaba de sus venas
cual si la sangre se tornase en lloro!

II

Cuando la inquieta nave, refractaria
á indolentes perezas, dejó el puerto,
é internóse en el náutico desierto
ávida de región hospitalaria;

Ella junto á la borda solitaria,
viendo esfumarse el horizonte incierto,
la frialdad homicida de lo yerto
sintió invadir su dicha visionaria.

Y entonces ¡ del amor loca sublime !
asiéndose al anhelo que redime
con un desbordamiento de alegría,

Forjóse una quimera misteriosa:
¡ que su alma se quedaba venturosa...
en las patrias riberas con la mía !

EN LA SELVA

Escucha, amada; un suspiro
de la selva virgen sube,
como una nueva promesa
que un triste recuerdo encubre,
ó como el gemido opreso
de dos bocas que se unen.
El bosque despierta, y lanza
su trino la alondra.
Surgen
vagos, tenues, melancólicos,
los rumores que producen
las hojas.
El aura besa
las ramas tiernas, y acuden
en loco enjambre los sueños
de alas vibrantes y azules,

los que flotan errabundos
cual nuestras almas, y lucen
un halo que resplandece
como temblores de lumbre;
los otros, los de la noche,
los de alas pálidas, huyen.
Escucha, amada; un suspiro
de la selva virgen sube.

En el ocaso, recorta
su lívida faz la luna,
turbada y descolorida
por el fulgor que la ofusca,
como una novia que acude
trémula, ansiosa, convulsa,
al incitante reclamo
del amor que la subyuga.
Mira, amada, el cielo.
Apenas
el alba,—risueña musa
de los idilios,—desgarra
el palio azul de la muda
inmensidad.
Una línea
de leche y rosa, dibuja
una Venus que se tiende
en un tálamo de espumas.
Claro de aurora.
Luz blanca
como tu frente, saluda
tu rostro de diosa, y luego
te envidia, se irrita, lucha,
quiere vencerte, y se inflama.

Mira, temblando se ocultan
las estrellas, como lises
que se borran.
En la altura
las nubes yerran como aves,
mostrando sus orlas fúlgidas
que bañan tintes de iris.
El cielo es cráter.
Se agrupan,
al encenderse, las nieblas
vagarosas.
El sol triunfa,
y lejos, casi invisible,
como una virgen difunta,
en el ocaso recorta
su lívida faz la luna.

En la penumbra, el ramaje
desperezándose cruje,
y esparce en torno una ráfaga
de primaveral perfume,
que, extendiéndose, en los árboles
su urna de aromas difunde.
Estallan las rosas húmedas
para que el alba se esfume
en sus corolas, y trémulas
su onda de incienso confunden
con el incienso del bosque
en flor.
¡ Oh los besos dulces
de las frondas !
¡ Oh los castos
epitalamios !

Sacuden
los floridos limoneros
sus ramos fragantes, y uncen
con cadenas de azahares
á las palomas.
Se urden
en los ribazos poemas
extraños.
Sombras y luces
luchan, y los lirios abren
sus cálices, porque triunfe
la aurora y descorra el velo
de las tinieblas.
Sucumbe
la reina Noche.
El medroso
silencio, turbado huye,
cual la sonrisa en las tristes
pálidas tardes de octubre,
y en la penumbra, el ramaje
desperezándose, cruje.

Amada, la noche prófuga,
con su séquito de angustias
y de temores se aleja
vencida.
En tus crenchas brunas
sólo quedan sus girones
lánguidos, negros, que ondulan
con los estremecimientos
de inmensas alas oscuras.
El aire es luz.
La floresta

semeja un alcázar.
Lluvia
de oro abrillanta y colora
los florecimientos.
Busca
en las yemas el rocío
trono de fuego, y columpian
sus claras gotas los pétalos
frágiles.
En la espesura
revientan los brotes, ríen
los pájaros, y se anudan
las trepadoras volúbilis
á los viejos troncos.
Nunca,
¡oh Primavera!, tan pródigos
fueron tus besos.
Escucha,
amada; junto á la fuente
que áureas canciones modula,
tejen su ronda los ruidos
como agreste gama, y buscan
nuevas notas para el himno
que entonan.
Psiquis, oculta
bajo el follaje, acaricia
nuestros ensueños, y muda
tiembla y ofrece á las ansias
de nuestros amores cuna.

Mírame; por tus pupilas
vagan todas las ternuras,
cuando estremecida y regia,
con mi mano entre las tuyas,
me das la miel de tus besos

en tu boca fresca y húmeda.
Mi blanca novia, en tu frente
soñada, de virgen púdica,
aún deja un fulgor de nieve
al esconderse la luna.
Mira, las flores te inciensan,
y el bosque, cuando tú cruzas
eleva un salmo.
Mis rimas
vibran en torno á su musa
casta.
Las auras que vuelan
sus madrigales murmuran
en tu halago, y el ambiente
de las perfumadas grutas
forma tu ambiente.
En los montes
se pierde en rápida fuga,
amada, la noche prófuga
con su séquito de angustias.

EN LA ALCOBA

Es cruda la media noche,
amada, y la alcoba espera
que en ella con tus encantos
imperes cual Citerea.
El cierzo helado de otoño
sacude las ramas fuera.
El cuervo nocturno entona
triste graznar, que semeja
las notas desafinadas
de lúgubre melopea.

Olímpica, sonriente,
ven con tus formas envueltas
cubriendo tus desnudeces
en los pliegues de amplia tela
que, al descender de tus hombros
blancos, de Venus soberbia,
copia las ondulaciones
de los mantos de las reinas,
que esparcen en las penumbras
chispas de fúlgidas piedras.

En los cortinajes rojos
ocultan combos de seda
los tiernos suspiros débiles
y las frases que surgieran
en los delirios amantes
que anuncian ardientes bregas
y que abandonan tus labios
como aves que van viajeras
á los reclamos de Eros
ó del dios Pan á las fiestas.

Sobre el tálamo difunde
la luz resplandor de estrellas,
que en los ángulos obscuros
sus hilos áureos enreda,
esparciendo claridades
que dan á las sombras trémulas
coloraciones de ocaso,
las que á las luces postreras
como miradas perdidas
en los crepúsculos tiemblan.

Asómanse á tus miradas
los astros de las promesas,
los que las dichas alumbran
y los ensueños constelan.
¡ Oh ! Las delicias hermosas
y laxitudes intensas
te aguardan, como las flores
en las cálidas florestas
aguardan desfallecientes
las marinas auras frescas.

Mi musa blanca! Abandona
las timideces extremas.
¡Es cruda la media noche,
y la tibia alcoba espera!
Amada, llega... En el disco
de la luna de Venecia
lanza tus perfiles puros,
dibuja tu forma excelsa
que tiene tintes marmóreos
y majestades supremas.

Recoge indómitos bucles
que en tu garganta se encrespan:
hazte el ligero tocado
que fué de las ninfas griegas.
Formen tus brunos cabellos
alas lustrosas y negras
replegadas en tus sienes,
ó el pabellón de tinieblas
en que la Noche amorosa
á la blanca Aurora alberga.

¡Oh, novia! Escucha. En la alcoba
suenan las frases más tiernas
como los pasos tranquilos
de las caricias que llegan.
Escucha ¡oh novia! Los hilos
del collar de frases, quiebran
las indóciles palabras
yendo, vibrantes abejas
que preludian himnos vagos,
á rondar tu cabellera.

Hollando la espesa alfombra
tu infantil sandalia deja
tenue reguero que asciende
como perfumada estela
en cuyos olores flotan
los ritmos de tus caderas
cuando, estremecidas, marcan
con sus curvas opulentas
los voluptuosos acordes
de las nupciales cadencias.

Amada. Los vagos miedos
en la alta noche se alejan
cuando los besos estallan
como rubicundas yemas,
cuando de las bocas dulces
brotan las risas opresas
y los anhelos retozan
en labios que se impacientan,
y en los nimbos de los senos
es más cálida la fresa.

Desciñe los ceñidores
que sostienen tus preseas.
Que surjan tus morbideces
como al rasgarse las nieblas
últimas del cano Invierno
aparece Primavera
trayendo las ansias locas,
las rimas á los poetas,
y á los amantes dichosos
miel de caricias eternas.

Amor es tirano! Oprime
con sus floridas cadenas
á los cuellos delicados,
á las gargantas espléndidas,
los blancos hombros desnudos,
las pensativas ojeras,
las amplias formas flamantes
forjadas con líneas regias
y las mejillas de nácar
con suavidades de seda.

Escucha. En las hojas cruje
el cierzo su melopea.
¡Es cruda la media noche
y la tibia alcoba espera!
Recita en lengua divina
la estrofa de las ternezas,
mientras forjas el tocado
que fué de las ninfas griegas,
y en el jardín, á las ramas
canta Aquilón rimas épicas.

Escucha. Los soplos fríos
traen de edades romancescas
novias que con sus galanes
desfilan por las leyendas.
Nárrame la historia, dime
del ósculo de Francesca,
el que ardiente, apasionada
á su amante dióle tierna,
ó murmura quedo, quedo
tristes baladas bohemias.

MADONA

Sobre la cuna, la agonía;
junto á la cuna, la madona,
y algo de trágico y sombrío
en el silencio de la alcoba.

Por el postigo entra en la estancia
un leve soplo de la fronda,
y un triste rayo que se filtra
de luz de luna melancólica.

Un Cristo extiende macilento
en la pared su vaga sombra,
con su mutismo de madera
extraño al hipo que solloza.

El eco errante de un allegro
desgrana el vuelo de sus notas,
como reclamo de la vida,
como demanda poderosa;

Y del allegro el vuelo errante
dice á la pálida madona
algo de trágico y sombrío,
algo que el alma le destroza.

Por el postigo, con el rayo
de luz de luna melancólica,
un leve soplo, soplo aleve,
taimado fíltrase en la alcoba.

Después, dolientes estertores,
un cuerpecito que reposa,
y al llamamiento, vivo, ansioso,
ni un débil soplo que responda.

Sobre la cuna, nieve y cera,
junto á la cuna, la madona,
y en el misterio pavoroso...
¿cuál es la flor que se deshoja,
la tierna almita que se apaga
ó el alma herida que solloza?...

EN LA CITA

En el dulce recinto
que el hechizo encantó de tus alarmas
de impúber Afrodita, que al instinto
sensual opone espirituales armas;

En la silente gruta
que en la florida red prendió el dilema
de tus vacilaciones de impoluta
y la solicitud de mi poema;

En la profunda umbría
que estimuló la audacia de mis ruegos,
prestando á tu infantil melancolía
fugaces llamas de escondidos fuegos;

En la penumbra incierta
como de vagos cielos otoñales,
en que mi empeño simuló la oferta
de tus incertidumbres virginales;

Hoy el recuerdo vaga
por el desierto asilo abandonado,
en cuyas flores últimas divaga
la tristeza infinita del pasado.

Hoy la memoria rueda
asida al vuelo de amarillas hojas,
que el vuelo de tus súplicas remeda
del amoroso idilio en las congojas.

Y trémula perdura,
de la memoria en la encantada linfa,
del crepúsculo tenue á la insegura
lumbre, tu imagen de inviolada ninfa.

Fatigado en la senda
que señala la huella de mi ensueño,
torno, con el recuerdo, á la contienda
á renovar las ansias de mi empeño;

Y en el dulce recinto
que encantaran tus justas timideces,
aún flota entre las hojas, inextinto
hálito de arrobadas languideces.

Aún trasciende el aroma
virginal de tu cándida belleza,
y el suave brote de su influjo, doma
la ruda obstinación de mi tristeza.

Influjo que domina
la amargura del tiempo transcurrido,
como un claro de luna que ilumina
la desolada bruma del olvido.

De tus encantos vuelve
el dulce predominio á torturarme,
y la red de tu hechizo, desenvuelve
la malla con que logra aprisionarme.

Solitario en la umbría,
torno á la cita que soñé distante
y reconstruyo la tenaz porfía
de mi intriga y tu ruego vacilante.

Torno á ver en la intensa
fulguración de súbito espejismo,
tu figura de víctima, suspensa
de la magia engañosa del abismo.

La gracia de tus fugas
cobra la dejadez del abandono,
y con molicie lánguida, subyugas
exaltando los celos en tu abono.

Tu labio me sonríe,
y húmedo, ofrece á mi tortura el beso
que en mi sangre pletórica deslíe
el filtro que mi labio tuvo opreso.

Fulgura tu mirada
trémula lumbre de promesas llena,
en el hilo dorado en que engarzada
va el alma que á la tuya me encadena.

De tu seno desnudo,
que agita del espasmo el oleaje,
opone á mis caricias torpe escudo
la vaporosa bruma del encaje.

Tu indómita guedeja,
que del ámbar tomó los resplandores,
desatada en la lid, fiera semeja
el ala que cobija tus rubores.

La rosa de tu boca
entreabre su corola humedecida,
y temblorosa de pasión, provoca
á resumir la vena de la vida.

Los impulsivos tactos
desbórdanse febriles é indomables,
por desflorar ansiosos los intactos
cálices de tus flores inviolables.

Enárcase tu cuello
doblegándose al soplo de la injuria,
y en tu pupila irísase el destello
que inflama turbadora la lujuria.

Tiemblas, desfallecida,
de mi impaciente amor en el regazo,
y súbita, con brusca sacudida,
rompes la ligadura de mi abrazo.

Tus cándidas alarmas
domeñan el impulso del instinto,
y ejercitando espirituales armas,
te alejas del romántico recinto...

En la penumbra incierta
como de vagos cielos otoñales,
en que mi empeño simuló la oferta
de tus incertidumbres virginales;

Hoy el recuerdo vaga
por el desierto asilo abandonado,
en cuyas flores últimas divaga
la tristeza infinita del pasado.

MARGÓT

Gracia tanta, tanto ensueño, tanta vida,
en un vuelo prematuro vanse lejos;
de la flor, queda el perfume en la partida;
de la estrella, los reflejos.

Delicada, frágil, tierna, como un brote
que al abrirse replegara la corola,
presintiendo de lo humano el rudo azote
en sigilo partió sola.

Soñadora dulcemente enamorada
de otro reino, de otro clima, de otro cielo,
al reclamo sugestivo de algún hada,
presurosa tendió el vuelo.

Hoy refúgiase la dulce fugitiva
en la falda sideral de la Madona,
de la perla de los cielos compasiva
que bendice y que perdona.

En la falda sideral donde rediman
el pecado de sus cándidas traiciones,
las que llevan la inconsciencia de su crimen
de rasgar los corazones.

Angustiados corazones que en la brega
el dolor con red de lágrimas clausura,
y en sus almas que al dolor hacen entrega
melancólico perdura.

Los que huérfanos quedaron de su gracia
y la gracia de seguirla sólo imploran,
oprimidos por la insólita desgracia
desolados siempre lloran...

Si fué ritmo, evocó un salmo de tristeza;
si color, fingió una incierta lejanía;
de la línea, fué una fuga de belleza;
rima, fué todo poesía.

MI ESPÍRITU QUE OS SUEÑA...

OH CUELLOS que surgís de los escotes
como flores de nieve deslumbrantes
que de la seda recibís los frotes
y la luz sideral de los diamantes,
oh cuellos que surgís de los escotes!

Oh penumbras de lánguidas ojeras
que extendéis en mejillas ideales
las sombras que aparecen las primeras
anunciando las noches estivales,
oh penumbras de lánguidas ojeras...!

Oh pasionales bocas entreabiertas
que abrasáis con intensas calideces,
y el conjuro sabéis que abre las puertas
del jardín de las dulces embriagueces,
oh pasionales bocas entreabiertas!

Oh pupilas de insólitos fulgores
que anhelos adormidos desperezan
é ilumináis eróticos amores
cuando los besos su canción empiezan,
oh pupilas de insólitos fulgores...!

Oh rostros juveniles que ha azotado
el soplo enardeciente de la orgía,
en noches de embriaguez que ha disipado
la aurora de fatal melancolía,
rostros que han las lujurias azotado.

Oh pomposas guedejas destrenzadas
por el capricho de amorosas manos,
que envolvéis al quedar abandonadas
las curvas de contornos soberanos,
oh pomposas guedejas destrenzadas!

Oh frentes que llevåis como coronas
negras crenchas ó rizos deslumbrantes,
como llevan un nimbo las madonas
y floridas guirnaldas las bacantes.
Oh frentes que lleváis como coronas...!

Oh curvas voluptuosas de los talles
perpetuamente en los encajes presas,
que en las fiestas triunfasteis de Versalles
cuando bailaban gráciles marquesas,
oh curvas voluptuosas de los talles!

Oh vértigos de extrañas turbaciones
que enardecéis las ansias impulsivas
y en la red de febriles tentaciones
dejáis las dichas del amor cautivas,
oh vértigos de extrañas turbaciones!

Encantos habéis sido de Cleopatra
y hechizos de la impura Mesalina:
mi espíritu que os sueña os idolatra,
porque vuestra hermosura lo fascina
y encantos habéis sido de Cleopatra!

RONDELES

I

ABANDONAN sus guaridas
allá en la noche sombría,
las almas de los suicidas
que no han muerto todavía.

Siempre, siempre condolidas
llevan su melancolía
las almas de los suicidas
que no han muerto todavía.

Rondan tristes, impelidas
en perdurable agonía,
cual sombras desvanecidas,
las almas de los suicidas
que no han muerto todavía.

Enloquecen sus miradas
febriles y estupefactas,
que se fijan asombradas
y el dolor hace compactas.

Eternamente clavadas
en sus memorias intactas,
enloquecen sus miradas
febriles y estupefactas.

No endulzan su cruel destino,
terrible, amargo y sombrío,
la pasión por lo divino
ni el goce del desvarío.

Siguen su áspero camino
minadas por el hastío,
sin pasión por lo divino
ni el goce del desvarío.

Como hojas que el torbellino
esparce en octubre frío,
van, con lento remolino,
sin pasión por lo divino
ni el goce del desvarío.

SALVE

SALVE! Virgen de vagas melancolías
que con tu amor enfloras mis alegrías,
y abres, como botones de blancas rosas
en risueñas auroras primaverales,
todas mis ilusiones ¡Las más hermosas!
y el enjambre de todos mis ideales
que surgen cual botones de blancas rosas.
Como un epitalamio, como los suaves
gorgeos que en las selvas lloran las aves
cuando la tarde muere lívida y triste,
es tu nombre que vibra como un poema
narrado en los boscajes que Flora viste
con las pálidas hojas de su diadema
al morir de la tarde lívida y triste.
Salve! Diosa que grabas en tus blasones
con pétalos de lirios mis oraciones,
mis castas oraciones, las que te envío
ungidas con el óleo de las plegarias,
como flores enfermas que unge el rocío
en noches silenciosas y solitarias;
son para ti mis ruegos, te los envío.

Perla de mis ensueños, alba paloma
que al batir de las alas viertes tu aroma;
eres todo esperanza, todo dulzura,
símbolo inmarcesible de la pureza
que el azahar remeda con su blancura;
¡Dios te salve, Señora, que en tu tristeza
eres todo esperanza, todo dulzura!
Salve! Reina del cielo que en tu mirada
muestras los resplandores de la alborada,
y en mi espíritu esparces las infinitas
ternuras por que lánguido se consume,
como las azucenas y margaritas
á las auras del bosque dan su perfume,
indolencias balsámicas infinitas.
Flor de fragancia tenue y embriagadora,
de los que sufren, Maga consoladora.
En mis amargas horas de desencanto
en tu busca han volado mis negras dudas,
á rogarte que enjugues mi acerbo llanto
y que en mis agonías doliente acudas
cuando amarga mis horas el desencanto.
Salve! Amada, que agitas en las secretas
noches, el incensario de las violetas.
La luz de las estrellas borda en tu frente
como flores de luna sus claridades;
¡Oh Novia de los tristes, Madre clemente
de los seres que buscan las soledades!
la luz de las estrellas brilla en tu frente.
Salve! yo que agonizo con mis dolores,
bendigo la grandeza de tus amores!

DEL MISAL

PÁGINA ANTIGUA

A DIWALDO SALOM.

Lentamente, lentamente,
melancólico y sereno,
va el radiante Nazareno
ascendiendo la pendiente.

Su pupila de vidente
que escudriña en lo terreno,
redimir sueña del cieno
la torva turba inclemente.

Paso á paso, paso á paso,
como un sol hacia su ocaso,
va el radiante peregrino,

con la sangre de sus huellas
encendiendo como estrellas
las espinas del camino.

Lentamente, lentamente
la romántica figura
va siguiendo la insegura
triste senda; de su frente

que es aurora, que es oriente,
brota un lampo que fulgura
la calle de la amargura
melancólica y doliente.

Paso á paso, paso á paso,
como espiga que al acaso
el enigma del destino

lleva, el pálido bohemio
sigue el fúlgido proemio
de su trágico camino.

Lentamente, lentamente
el piadoso mensajero
se detiene en el postrero
triste término; presciente

el tropel confusamente
que el celeste misionero
dejará como un reguero
de la lumbre de su mente.

Paso á paso, paso á paso,
de la tarde sobre el raso
la silueta del rabino

un gigante lis simula
que á las almas estimula
de los cielos el camino.

Lentamente, lentamente
del azul inmenso baja
como tétrica mortaja
la tiniebla; en el ambiente

yerra un algo de imponente
que los rostros desencaja
y las almas amortaja
torvo, denso, fosco, ingente.

Paso á paso, paso á paso,
del mezquino humano vaso
vuela el hálito divino,

y la turba la tiniebla
de alucinaciones puebla
que le cierran el camino.

HIMNO VOTIVO

Alma y flor de mi ensueño, alma y flor de mi vida
que en mi trágica vida encendiste una aurora,
al reclamo acudiendo como débil vencida
para erguirte invencible como dominadora.

Alma y flor de mi vida, alma y flor de mi ensueño
que en la red milagrosa de tu encanto invencible,
enredando las ansias del reclamo zahereño
las redimes al toque de tu influjo apacible.

Caravana de nómadas, caravana de errantes
melancólicos nómadas de tenaces vigores,
se dijeran mis sueños, que en comarcas distantes
persiguieran tus huellas como banda de azores.

Y en mitad de la ruta, de la ruta que lenta
van siguiendo mis pasos sin llegar á la cima,
tu visión compasiva mis empeños alienta
y tu próvida entrega mis flaquezas reanima.

Y afirmando tu entrega, desde entonces hay astros
que la senda iluminan, desde entonces hay rosas
que la senda perfuman, desde entonces hay rastros
que la senda señalan de comarcas piadosas.

Y también desde entonces, maravilla de encantos,
de tus besos la ciencia me inició en una ciencia
de sagaces locuras; y tus risas y llantos,
la experiencia me dieron de una dulce experiencia.

Del recuerdo en la clara sucesión de espejismos,
tu figura, imprecisa como un alba de invierno,
exaltando las ansias de mis torvos lirismos,
esbozaba tu influjo persuasivo y eterno.

Y al recuerdo tornando por asirme á la escala
salvadora y perenne de tu dulce memoria,
tu figura en mi empeño se arraigó como un ala
para dar nuevo empuje á mi empeño de gloria.

¿Quién fijó en nuestras vidas la inicial del proceso?
¿Quién fijó en nuestras almas los primeros hechizos?
La amorosa contienda germinó con un beso
en la crencha profusa de tus cálidos rizos.

¿Quién el término fosco fijará en nuestras lides
de amorosos deleites y de diálogos sabios?
Cuando muera, en un beso dejaré un no me olvides
en la rosa purpúrea de tus húmedos labios.

Te entregué con el alma plenas mis altiveces
cuando me abandonaste tus altiveces plenas,
y sellamos un pacto de mudas embriagueces
y aspiramos un fuego de inagotables venas.

Y te dí con el mundo de mi melancolía,
más complejo y más vasto y más maravilloso,
el pletórico mundo de mi psicología
donde palpita el germen de un algo luminoso.

Sé muy dulce, muy fuerte, muy serena, muy intensa,
con la grave apostura de una musa latina
y la suave tristeza que, al imperio propensa,
acaricia y subyuga, se abandona y domina.

Si te acusan, si forjan que tu amor es un crimen,
si un abismo formulan de tu erótica audacia,
si te increpan... responde que tus besos redimen,
que eres llena de unciones, que eres llena de gracia.

FOR EVER...

SOÑADORA soñada, que un vuelo
de luz crepuscular, de luz de aurora,
obediente al conjuro de un anhelo
emergiste, soñada soñadora.

Como la realidad de lo increíble,
en las primeras mallas del poema
urdido por mis ansias, la intangible
flor de pureza impúber se hizo gema.

Reveladora de potentes jugos,
promesa de deliquios inefables,
tu alma de virgen cincelaba yugos
con que domar tus celos indomables.

Exhalando la vida en un perfume
turbador de Afrodita adolescente,
como lirio de amor que se consume
envenenado por su propio ambiente;

Con sensuales molicies ondulabas
mostrando de tus fugas el encanto,
ó en súbitos recatos semejabas
ahogar remordimientos en tu llanto.

Mezclábanse en fugaces espejismos
en tus ojos terrores y alegrías,
temerosa, por vagos atavismos,
de cruzar tus miradas con las mías.

Inicióse en tu espíritu la lucha
poblada de febriles inquietudes
en que, turbada la inocencia, escucha
creyendo percibir solicitudes.

A mí viniste ó me esperaste, acaso
no pueda definir el dulce encuentro;
como los resplandores del ocaso
convergieron las vidas hacia un centro.

En laxitud doliente, prometiste
á mi demanda el vértigo de un goce,
y hubo en tu oferta el rendimiento triste
que del abismo el vértigo conoce.

Detenidos en medio de la senda,
al desflorar culpables azahares,
empeñamos la trágica contienda
para domar pujantes avatares.

Ponzoña de deleite ó miel insana
fué la breve locura que probamos,
y hoy del recuerdo la ponzoña emana
y el deleite lograr no eternizamos.

Pero perdido en el oscuro huerto
donde abre sus corolas mi locura,
aunque simule el corazón que ha muerto
algo de melancólico perdura.

Y es algo indescifrable que nos une,
algo de indisoluble que nos ata;
no hay brote de cristal que no se adune
para formar la hirviente catarata.

Si es altitud el sufrimiento, espero
que del martirio surja mi grandeza,
¿necesito decirte que me muero
para unir mi tristeza á tu tristeza?

Si de las inquietudes del cariño
puede brotar un pétalo de nieve,
el huerto de mi alma es todo armiño,
que florece sin una adelfa aleve.

En desconsolador peregrinaje
piérdome por las rutas engañosas,
sin asirme á las redes del encaje
que tejen mis quimeras afanosas.

En la fábula errante y romancesca
que forja el acicate de mi empeño,
el beso que aspiré de mi Francesca
dilúyese en las ondas de un ensueño.

Sintiendo divagar en la penumbra
de mis bregas un vuelo de esperanza,
la gloria de mi triunfo me deslumbra,
y mi triunfo tu llanto sólo alcanza.

Tu llanto, rota vena que no puedes
restañar con el óleo del olvido,
aunque lustrar en tu dolor remedes
la culpa que jamás has cometido.

Como un nardo que emerge de la onda
de un remanso que oculta las estrellas,
guardas de tu pasión, que me responda,
un destello del brillo que destellas.

Sé, que por mi tristeza entristecida
algo en tu vida por mi dicha clama,
pero pagana de tu triste vida
lo que juzgas mi dicha te reclama.

Si pudiera tu amor aconsejarte
que á mi tenaz demanda te rindieras,
tu amor no vacilara en entregarte
aunque en la dulce entrega me perdieras.

Pero impone la lucha sus rigores,
la tentación sus ímpetus domeña,
y al deshojar la flor de tus amores
tu alma se satisface en lo que sueña.

¿Qué importa que mi espíritu importune
tu pálida visión que muere ó mata,
si hay algo ultraterrestre que nos une
y algo de inevitable que nos ata?

FAREWELL...

Allá van mis difuntos ensueños,
mis pobres quimeras,
á perderse en el tétrico abismo
donde irradian tristes, lívidas estrellas,
con fulgores trémulos
los pálidos cirios de mi dicha muerta.

Yo he sentido enflorarse en mi espíritu
fugaz primavera,
primavera hermosa
que soñé en mi anhelo primavera eterna,
y que helado despojo de invierno
nublando el estío cubrió con sus nieblas.

Oh, estación floreal! á tu influjo
eran rosas blancas las blancas promesas,
eran lirios de nieve los sueños,
margaritas las fiebres secretas,
las tiernas volúbilis
ansias presentidas, glorias entreabiertas,
y estallantes botones de oro
mis aspiraciones locas de poeta.

Oh, estación floreal! fugitivas
huyeron tus horas de imperio en mi selva,
y la escarcha rompió las corolas
de mis rosas frescas,
de mis margaritas,
de mis temblorosas volúbilis tiernas,
que aún conservo en la urna del alma
marchitas y secas,
y me brindan el goce cruento
de aventar sus hojas, que flotan dispersas,
en la ruda borrasca en que flotan
de tantos recuerdos las voces postreras
y que van á perderse al abismo
donde irradian tristes, lívidas estrellas,
con fulgores trémulos,
los pálidos cirios de mi dicha muerta.

Soledades de fríos crepúsculos,
inquietudes de vagas tristezas,
lejanías de goces perdidos,
alucinaciones de noches enfermas,
por las foscas rutas,
de mi vida yerran,
apagados soles de apagados cielos
rondando espectrales por mudas tinieblas.

Anhelante y loco,
fatigado en la sórdida brega
de mis ideales muriendo entre ruinas
y el agónico afán de mis fuerzas,
me empeño en asirme,
sin lograrlo apenas,
al hilo que vaga

como débil cuerda,
pendiente del nudo misericordioso
que ata entre sus redes mi esperanza opresa;
me afano en asirme,
sin lograrlo apenas,
al romántico claro de luna
que mis ilusiones amparó en su tienda,
á la nota perdida en la escala
vibrante del viento que silba en mi selva,
ó al tenue perfume
que en el aura aún tiembla,
de los blancos lirios
y las rosas blancas que fueron promesas.

Pero aún guardo en la urna del alma
con mis flores marchitas y secas
un fulgor misterioso de aurora,
un soplo de hermosa, fugaz primavera,
que inflama mi sangre,
que late en mis venas,
y será, mi adorada, el rocío
que fecunde los brotes y yemas,
y reviva las yertas volúbilis,
ansias presentidas de glorias eternas;
aún sé que tú lloras,
aún sé que tú alientas,
aún podrás amparar en tu alma
lo que hay en mi alma de luto y tristeza,
y no irán mis difuntos ensueños,
mis pobres quimeras,
á perderse en el tétrico abismo
donde irradian tristes, lívidas estrellas,
con fulgores trémulos
los pálidos cirios de mi dicha muerta.

EN EL ALBA DE ORO

I

En el alba de oro vuelca la campana
las sonoras perlas de su melodía,
vuelo cristalino de amorosa diana
que canta la gloria de la epifanía.

Rosa, azul, sonrisa, la pascual mañana
disuelve en el cielo del risueño día,
de las redenciones la visión lejana
y el presentimiento de la eucaristía.

Cándida la bruma compasiva vela
lo que hay de la humana vida en la novela
de amargo y doliente, de odios y discordias,

Mientras las campanas en la voz del viento
del amor saludan el advenimiento
y un florecimiento de misericordias

II

En el alba de oro prende milagrosa
la esperanza el astro que á los Magos guía,
flor de una quimera, que en la tenebrosa
ruta de la vida finge una alegría.

La pascual mañana,—sonrisa, azul, rosa,—
diseña en el cielo la errante teoría
que abre en mis recuerdos una dolorosa
rosa misteriosa de melancolía.

Mientras fecundando su vital empeño
de los aguinaldos en el níveo ensueño
temblorosa el ala de la rubia abeja

deja en cada cáliz un grano de oro,
en el alba de oro la tristeza lloro
de un florecimiento de amargura añeja...

Uhrbach.

TU REGAZO

LLEVANDO por la ruta de la vida
mis sueños desgarrados,
como llevan los tétricos mendigos
sus míseros harapos;

Sueño que me cobije de tu alma
el misterioso palio,
como un cielo sedoso en el que irradian
las dichas como astros.

Quiero, para los tedios que me entumen
con frialdades de mármol,
el calor enervante de los besos
que duermen en tus labios.

Gérmenes de proezas que enaltecen
en mis delirios guardo,
que puede, como á flor la primavera,
fecundar tu regazo.

Orö.

Tedios de realidades que me abruman
como punzante fardo,
nostalgias de países donde encuentre
de mis sueños los rastros;

Amor de las edades que los tiempos
con su bruma esfumaron,
en lo ignoto perdidas, cual las formas
que persiguen los bardos;

Tristezas implacables que devoran
del dolor en los antros,
de mis horas felices las visiones
cual buitres sanguinarios;

Esperanzas quiméricas de artista;
venturas de los claustros;
cruzan por mi cerebro como esquifes
por el dorso de un lago.

Sólo para el asilo de tu alma
los idealismos guardo,
que puede, como á flor la primavera,
fecundar tu regazo.

ULTIMA RIMA

ASPIRACIÓN

PARA que compasiva la recoja,
queda mi rima humilde en esta hoja
que ensueños melancólicos despierta;
brinda calor tu libro á mis difuntos
anhelos de pasión, guardando juntos
mis versos y los versos de la muerta!

¡Sólo el recuerdo del amor perdura!
Es mi estrofa ave herida, y se clausura
donde hallaron sus sueños dulce nido.
Ya, desdeñoso de mundana gloria,
quiero vivir con ella en tu memoria
ó perderme con ella en el olvido!

DE SEVRES

PÓRTICO

DIFUNDAN mis estrofas liminares,
en la cima del pórtico esculpidas,
perfumes de nevados azahares
y fulgores de joyas encendidas.

Mece tu voz cadencias del arrullo,
notas de incomparable melodía,
y el beso de tu boca en el capullo
es anhelo indeciso todavía.

De tu hechizo el encanto que enajena,
transfigura tus gracias inmortales,
y es tu semblante el rostro que á la almena
asomaron las damas medioevales.

Tienes de diosa el noble desenfado
y eres fascinadora como Leda,
¡ Cuántas almas la fimbria habrá enredado
de tus fastuosas túnicas de seda !

Lauros son tus guedejas opulentas:
guarda tu frente albores marfileños:
saben tus manos deslizar las cuentas
del collar misterioso de los sueños !

Y quedan mis estrofas enclaustradas,
en la cima del pórtico esculpidas:
¡ al fulgor sideral de tus miradas
brillarán como joyas encendidas !

I

Rosa de las florestas que iluminan
las miradas de Cristo, y las estrellas
—aves de luz que, trémulas, fascinan—

Con la brillante cauda de sus huellas
doran; sobre tu frente de alabastro,
casta, como la frente de las bellas

Creaciones de Villiers, irradia el astro
nítido de la Idea, que de vagas,
dulces melancolías deja el rastro.

En tu rostro de virgen, cuando halagas
con sonrisas en flor, vivir parecen
las heroínas de leyendas magas.

Tus cabellos resbalan y se mecen
como palios de sombra, y tu semblante
de nieve, con caricias adormecen;

Descienden por tu cuello en ondulante
tromba, que á tu belleza es regia gala,
como dosel magnífico y triunfante.

En tus pupilas tristes, tiende el ala
negra paloma en perezoso vuelo,
tímida alondra que su canto exhala.

Pálida novia de un Don Juan del cielo
es tu mirada, límpida y serena
como una estrella en impalpable velo.

En tus mejillas, savia de azucena
y luz de amaneceres, Alba esfuma
su misterioso luminar, cadena

de pétalos rosados y de bruma,
que remeda en tu faz de soñadora
resplandor de crepúsculo en la espuma.

En tu boca, que enarcas vencedora,
fulgor de perlas lánguido se irisa
que en joyero purpúreo se atesora.

Tiembla en el aletear de tu sonrisa,
voluptuoso tropel de idealidades
como en la onda, al morir, tiembla la brisa.

Libélula de tenues claridades
es tu alma, donde anidan misteriosas
nostalgias de románticas edades.

Sueñas con reinas blancas y con diosas;
el Buen Tiempo te ofrenda con sus rimas,
su encanto, sus blasones y sus rosas,

y con sus musas los lejanos climas,
para elevar tu trono de princesa
del ideal en las doradas cimas.

La luz del misticismo brilla impresa
en tu faz de vestal inmaculada
que el azahar con sus alburas besa.

Eleonora, la dulce enamorada,
te mira sonriendo y sus pupilas
te ofrecen el fulgor de su mirada.

Palpitan en tu mente las tranquilas
visiones de tus sueños, como errantes
mariposas de oro en frescas lilas.

Reinas en el azul, y suplicantes
los seres tristes que el dolor tortura
besan tu sombra, ¡ Pálidos amantes !

Redime el desencanto y la amargura
tu sacra y melancólica belleza,
vibra como un suspiro la ternura,
y enmudece la voz... y el alma reza !

II

UN JURAMENTO demanda
Como promesa de amor,
La novia del trovador
De codos en la baranda.

Es dulce música blanda
su acento acariciador,
y en su mejilla el rubor
su rosa purpúrea agranda.

En la penumbra discreta
recórtase la silueta
de romanesco doncel,

que arranca á la bandolina
la cadencia cristalina
de apasionado rondel.

III

En las dulces lides
del amor, señora,
cándidos ardides
esgrimes traidora;

que junto á las vides
de alma turbadora,
castos nomeolvides
tu pupila enflora.

Si en gentil palèstra
tu poder secuestra
para tu dominio

un alma, en la alarma
hiere y besa el arma
de tu predominio.

IV

En sus pupilas lleva un cielo,
en sus guedejas prende un sol,
y sus mejillas cubre un velo
con el matiz del caracol.

Su alma ilumina un vivo anhelo
como un espléndido arrebol;
ansía seguir el leve vuelo
de algún celaje tornasol.

Cuando se aduerme es una rosa,
al despertar es una estrella,
es el ensueño de un jazmín;

su vida es mágica y hermosa:
va una madona tras su huella
y la enamora Cherubín.

V

Aureo copo de sol el cabello
en su pálida frente correcta,
como un halo de suave destello
tornasoles de nácar proyecta.

A su rostro de virgen no iguala,
al abrir su capullo la risa,
el perfil exquisito de Onfala,
ni la triste expresión de Eloísa.

Su belleza ideal sugestiona:
tiene albor de nevada camelia,
celestial beatitud de Madona
y el encanto inefable de Ofelia.

En sus límpidos ojos engasta
el zafiro de tonos risueños
ígnea joya que esplende la casta
lumbre azul de los místicos sueños.

Son ilustres sus timbres preclaros,
su blasón voluptuoso embelesa,
blancas pomas ardientes de Paros
coronadas con nimbos de fresa.

En su egregio poder absoluto,
reprimiendo amorosos arranques,
cortesanos le ofrendan tributo
níveos cisnes en glaucos estanques.

Ella extiende su mágico imperio
que fascina y enerva y arroba,
donde finge el tupido misterio
de las selvas, penumbras de alcoba.

En su armónica voz que subyuga
como el eco de liras remotas,
rima trémolos dulces la fuga
en tropel, de vibrátiles notas.

Y después que al deleite apostrofa,
vencedora en idílica lucha,
de una extraña, romántica estrofa
los pausados acordes escucha.

En los tiempos galantes, su porte
conquistase el amor de un monarca;
fuera Haroun-al-Raschid su consorte,
ó su heráldico paje Petrarca.

Ella sueña ser novia de un bardo,
de un poeta que fuese un bohemio,
de la Lírica, heroico Bayardo,
que cantase aguardando su premio.

Imponente en su tierno abandono,
regia norma de esbelta elegancia,
que llevara esplendores al trono
del Rey Sol Luis catorce de Francia.

VI

Tu seno, en fugitiva
cándida curvatura,
de tu pasión cautiva
modela la clausura;

y á mi reclamo esquiva
remeda tu insegura
réplica persuasiva
entrega prematura;

que hay en tus candideces
insanas embriagueces
junto á rubores sabios,

y con impúber gracia
brinda pudor y audacia
la adelfa de tus labios.

VII

Surja el verso musical y luminoso,
brote espléndida la magia de la estrofa,
y desbórdese en las cláusulas brillantes
el soberbio y dulce triunfo de tu gloria!

¡De tu gloria! En la palestra de la gracia,
en las lides del amor y la belleza,
han vencido tus encantos ideales
y el poema de tus curvas opulentas.

El recuerdo del glorioso tiempo antiguo
es un himno á la pureza de tus líneas,
que sorprenden y retratan los perfiles
asombrosos de las diosas y las ninfas.

Cincelada en alabastro, real y esbelta...
¿qué prodigio es comparable á tu hermosura,
si al blasón de la mujer en ti se hermana
el influjo irresistible de las musas?

En los plásticos contornos de tu cuello,
con tus crenchas perfumadas y soberbias
enroscándose, los sueños y las ansias
te acarician, y te arrullan, y te besan.

Tras la gasa, tras las perlas, tras las flores
tiembla el seno virginal y palpitante,
donde el ágata en las cimas de la nieve
finge lampos de crepúsculos polares.

Como un cándido y hermoso lirio abierto
que al reclamo de la leve brisa ondula,
es la lírica silueta de tu talle
al ondear fascinador de tu cintura.

De tus ojos soñadores y profundos
es cadena misteriosa la mirada,
cuyos áureos eslabones aprisionan
en sus redes las primicias de las almas.

En la rosa de tu boca tiembla el verso
de la miel de tu sonrisa enamorado,
y en sus pétalos de llamas se perfuma
transformándose en la concha de tus labios.

En la noche de tus rizos ondulantes
hay extraños resplandores siderales;
si un diamante los constela, es una estrella:
si una nube los oculta, es un encaje.

En el alma de las liras vibra y canta
como un suave idilio clásico tu nombre;
no hay galante madrigal que no recuerde,
ni florido epitalamio que no evoque.

Regia, altiva, espiritual y triunfadora,
nada falta al esplendor de tu belleza,
ni el encanto sugestivo de la gracia,
ni el hechizo de la forma que encadena.

Surja el verso musical y luminoso,
narre espléndida la magia de la rima,
como Psiquis arde en celos temerosa
de que prendas al amor con tus sonrisas,
y en su olímpico destierro, Citerea
ha sentido el dardo agudo de la envidia.

VIII

Es la niña primorosa,
que se escapa del Trianón,
con su corpiño de rosa
y su falda de Alençon.

Es la rubia duquesita
que obsequiando á su galán
dió una blanca margarita
como tierno talismán.

Bulliciosa y sonriente
diminuta flor de lis,
á quien besara en la frente
el mosquetero Aramís.

Remeda una colegiala
embriagada de champagne,
y diera celos su gala
á madama Montespán.

Cruzan extraños asombros
por tus pupilas turquí
y son sus gráciles hombros
cual los de la Dubarry.

Con sus cabriolas de lince
hace crujir el corsé:
dicen que una vez Luis XV
bailó con ella el minué.

Su níveo cutis de armiño
es un resplandor lunar,
como el ensueño de un niño,
ó el cáliz de un azahar.

Anhela en su desvarío
bogar en el mar azul
con un príncipe bravío
que reinase en Stambul.

Su cuello como la seda
de la China y del Japón,
tiene el contorno de Leda
y el encanto de Manón.

Su fresca boca conserva
picante néctar y miel,
y con sus besos enerva
y enloquece á su doncel.

Son dos lilas sus ojeras
esfumadas en marfil
como flores prisioneras
en los trazos de Goupil.

Su adorable hechizo regio
pudiera sólo igualar
al florido florilegio
de las rimas de Ronsard.

IX

Es una damita culta y delicada,
sus pupilas lustra brillo de turquesa,
es la musa amante que amorosa besa
con la suave lumbre de ideal mirada.

Ella es del Ensueño tierna enamorada,
en su boca tibia cuájase la fresa,
tiene el cuello mórbido, es una duquesa
elegante siempre, siempre descotada.

Ama de Versalles los dulces recintos,
orlan su alba frente frescos terebintos,
un temblor de carne vibra en su corset.

Su faz ilumina resplandor de nieve,
y donde ella fija la sandalia breve
florece espontáneo florido bouquet.

X

LINDA, triste, seriecita,
con tu infantil amargura,
remeda blanca estatuita
tu pálida figurita
de Lucrecia en miniatura.

Como en frágil porcelana,
bajo tu oscura melena,
adorable hechizo hermana
tu airecito de sultana
con tu almita de azucena.

Lánguida, acariciadora,
se pierde en las lejanías
tu mirada soñadora,
ávida consoladora
de ajenas melancolías.

De tu boca en flor, se exhala
el alma de los ensueños,
y por tu frente resbala
la pureza, bajo el ala
del Cherubín de tus sueños.

Pueblan de alucinaciones
tu espíritu impresionable
precoces exaltaciones,
dejando en los corazones
una emoción imborrable.

Tu actitud doliente, aviva
en mí, el recuerdo cautivo
de una aurora fugitiva...
¡Como eres tú pensativa,
yo también fuí pensativo!

XI

A VAPOROSOS anhelos
de las rimas deslumbrantes,
prefieres los caramelos
y las muñecas parlantes.

Tus dulces aspiraciones
se enclaustran en gabinetes
donde haya muchos bombones,
donde haya muchos juguetes!

Te fastidia la lisonja
y el mundo te contraría...
Fuera tu dicha ser monja
de alguna juguetería!

Joven mañana, escudriña
lo que dice mi cariño.
¿Por qué tú serás tan niña?
¿Por qué no he de ser yo un niño?

XII

De tus verdes ojos
las grandes pupilas,
remedan oceanos de insondables ondas
donde palidece la luna cautiva;
y de esos tus ojos
las profundas simas,
como el mar, reflejan las constelaciones
de cielos que forjan mis melancolías.
En tus ojos verdes
de inmensas pupilas,
fijo mis miradas interrogadoras
de mis inquietudes buscando el enigma,
y en esos tus ojos
de ignoradas simas
lanza Sagitario dardos estelares
á las estelares cuerdas de la Lira.

Uhrbach.

XIII

Tu nombre imita un rondel
y evoca lo que no he visto.
Debió perfumar su miel
los dulces labios del Cristo.

Es por lo exquisito, flor,
por símbolo, pasionaria,
por lo romancesco, amor,
y por lo tierno, plegaria.

XIV

ESTELA: entraña un símbolo de brotes siderales
tu nombre, que en un brote sonoro se revela,
y rima de tu nombre, tu vida es una estela
que en las terrenas vidas prende lirios astrales.

Estela entraña un símbolo de alas espirituales,
de todo lo que aspira, de todo lo que anhela,
de todo lo que asciende, de todo lo que vuela,
de todo lo que anima gloriosas iniciales.

Tal el nombre que ampara la proyección de luna
que evoca en tu figura la magia del empeño,
y en transfiguraciones de hechizo milagrosas,

la frágil porcelana de tu visión, aduna
todo lo que en el alma es germen de un ensueño,
los mármoles, los astros, las liras y las rosas.

XV

Ada, virgen de frente simbólica
coronada por rubia guedeja
que cual oro bruñido refleja
en su pálida faz melancólica;

Tuvo anhelos de mártir católica,
dióle á Cristo su mística queja;
mas su ardiente plegaria no aleja
la visión que la incita diabólica.

Por su espíritu cándido vaga
con su ronda de locos terrores
el recuerdo febril del amante;

Como eróticos filtros la embriaga,
engendrando deliquios de amores
que producen deleite enervante.

XVI

En tu corpiño como flores
mis rimas mustias morirán,
ó en tus anhelos soñadores
como azahares se abrirán?

¿En el azul de tus amores
perfume y luz derramarán,
como los astros sus fulgores,
como ventura un talismán?

¿Eres aurora, eres estrella,
diosa, visión, madona, bella
musa de un lírico ideal?

¿O fuiste acaso la quimera
que persiguió Luis de Baviera
ó que adoraba Parsifal?

XVII

OH DIOSA blanca, dulce y bella
que inspiras pálidos amores,
¿dejó tu pie su breve huella
en la región de los fulgores?

En la tristeza, azul estrella
esparces vívidos fulgores,
oh diosa blanca, dulce y bella
que inspiras pálidos amores.

Oh melancólica doncella,
novia de castos soñadores,
es tu alma aroma de albas flores,
y en la tristeza, azul estrella
esparces vívidos fulgores.

XVIII

Ella es la reina blonda, la mágica heroína
que surge de las salas fastuosas del Trianón,
envuelta en roja seda joyante de la China
ó en la espumosa albura del pálido Alençón.

Su azul pupila bella nostálgica lumina
el brillo misterioso de astral irradiación:
rimando sus hechizos unió la bandolina
á la áurea estrofa excelsa su dulce vibración.

Las rimas engarzadas en blancos florilegios,
las flébiles canciones de líricos arpegios
de los brillantes bardos del suelo Provençal,

no dieron á sus trovas pulidas lindo tema,
como la triunfadora que ciñe la diadema
con perlas irisadas de su blasón condal.

XIX

ESTHER la melancólica, la esbelta pecadora
de nacarado cutis y rizos de abenuz,
pupila azabachada que esparce brilladora
como sidéreo disco tornasolada luz;

A un Cristo macilento de exangüe faz implora,
enlaza convulsiva sus brazos á la cruz,
y ya no la seducen la seda crugidora
ó exótico abanico de plumas de avestruz.

Mostróle á sus ensueños la pálida neurosis,
entre ígneos resplandores de sacra apoteosis,
de monacal ventura la mística visión;

y no unge sus mejillas de raso con afeites,
ni á su alma entristecida evócanle deleites
las ánforas azules de loza del Japón.

XX

Para tu ruego, señora,
evoco lejanos sueños,
y al conjuro, sólo acude
un enjambre de recuerdos.

Fantasmas que de mi alma
yerran en el cementerio,
entre azucenas difuntas
y tristezas de astros muertos.

Así en la vida; luchamos
por asirnos al encanto
de los placeres efímeros,

Y tras el combate fosco
se apaga lo luminoso
y perdura lo sombrío.

Uhrbach.

XXI

Flor de recuerdo ó promesa,
ó fugaz irradiación
de artística exhalación,
dejo mi verso que besa.

En la rima queda impresa
mi dulce consagración;
en el beso, el corazón;
en el verso, el alma opresa.

Cuando la duda te asalte
y curiosa en el esmalte
del verso quieras ahondar

con mirada indagadora,
rompe la rima, señora,
no te logre aprisionar.

XXII

Tu genio maravilloso,
estrella y rosa de Galia,
semeja rojiza dalia
por su brillo prodigioso;

que fulgura luminoso
con el encanto de Onfalia,
bajo el rojo sol de Italia
ó junto al Neva brumoso.

La mente con tus creaciones
puebla de alucinaciones
tu hechizo gentil de diosa;

Simulando en el proscenio
tu maravilloso genio
alma y lira, estrella y rosa.

XXIII

Un nimbo el sol, circunflejo,
fórjale á tu cabellera,
donde dejó prisionera
la luz del postrer reflejo.

Tu ardiente labio bermejo
doma la rima altanera
y le arranca plañidera
música de flébil dejo.

Fingen tus manos marmóreas
caléndulas hiperbóreas,
blancos lirios invernales,

y perciben tus pupilas
la visión de las sibilas
en penumbras ideales.

XXIV

Como en la primer mañana
fuiste en la primera cita,
más cinegética Diana
que abandonada Afrodita;

Como entonces, tu pagana
carne virgen y maldita
asaeteó mi fiebre insana
rebelándose á mi cuita.

Y desde entonces, tu empeño
rebelde, dejó maltrecha
mi alma con tus esquiveces;

que un venablo en cada ensueño
y en cada sueño una flecha
arrastran mis altiveces.

Uhrbach.

XXV

DOMINADORA y desnuda,
como una estatua latina
que la cándida neblina
matinal vela, demuda

tu blanca visión, la aguda
insania que me domina;
¡ tal tu magia femenina
con tu desnudez se escuda !

¡ Oh prodigio milagroso !
turbas, y das el reposo
á un tiempo con el dualismo

mágico de tu belleza,
como una flor de pureza
que emerge de un sensualismo.

XXVI

Helena la melancólica
por la terraza pasea,
como Venus Citerea
que fuese virgen católica.

En la enramada bucólica
el céfiro melopea,
mientras su cabello ondea
como una enseña simbólica.

Helena es amante pálida,
es de la pasión crisálida
que ser mariposa cifra;

y en su quietismo hay hierático
como un emblema enigmático
que un sueño de amor descifra.

Uhrbach.

XXVII

FLOR de nieve, gentil melancólica,
tu blasón aristócrata envuelve
en sus pliegues la bruma simbólica
donde el lirio su albura disuelve.

Tus pupilas nostálgicas miran
á la luz de la gloria del cielo,
entreabrirse los astros que inspiran
á los tristes católico anhelo.

Como un rayo de luna que besa
de la rosa el botón eucarístico,
tu alma blanca, errabundo atraviesa
el ensueño del éxtasis místico.

Deja, heráldica flor, casta blonda,
tu cabello su aureola en la gasa,
como un rayo de sol, de la onda
en la espuma, su luz que la abrasa.

El florido azahar que diadema
con su albor tu gentil frente pálida,
es la estrofa del casto poema
que comienza á entonar la crisálida.

Sultancita, perdona mis rimas,
tú, adorable paloma, que has visto
de tu ensueño celeste en las cimas
la figura encantada de Cristo.

XXVIII

Yo arrojara á tu paso, brillantes
temblores de raso,
cuando esplende, coraza bruñida,
de un seno escotado;

O la lumbre de rayos astrales
que dan las facetas,
al brillar como discos celestes
en brunas guedejas;

O trajera los sueños de bardos
que errantes vivieron,
en la edad de las bregas heroicas:
en siglos ya muertos!

Del imperio sagrado del Arte
la estrofa soberbia:
el rondel, caballero que exhibe
un ramo en la diestra;

Del florido jardín de la dicha
las flores más blancas,
las que esparcen los tenues perfumes
que aroman el alma.

Mas te ofrezco mis acres tristezas
que llegan ansiosas,
á esperar en tu seno que surja
espléndida Aurora.

XXIX

Entre tus labios, anhelantes
de tu perdón, quedan mis rimas,
pétalos blancos desprendidos
de misteriosas margaritas.

Quizás te digan mis tristezas
ó mis radiantes alegrías,
y como surgen los ensueños
allá en mis noches pensativas.

Quizás te cuenten de esos dulces
florecimientos de la dicha,
ó cómo nacen en el alma
las ilusiones fugitivas.

De las amadas melancólicas
te narrarán historias íntimas;
cómo florece el limonero,
cómo el incienso en ondas gira.

Y te dirán cómo en el casto
bíblico nombre de María,
vibran los salmos del Profeta
y el alma errante de las liras.

No las arrojes de tu seno
si moribundas se marchitan,
como los pétalos fragantes
de misteriosas margaritas.

XXX

Ilusiones que pueblan la bruma;
pedrerías que engarza en la espuma
la ígnea gloria radiante del sol;
blancos velos de novias; triunfantes
parpadeos de regios diamantes;
negras plumas de azul tornasol;

Cortinajes de tul; margaritas
que deshojan las vírgenes; cuitas
de un romántico, tierno Lohengrín;
ideal que en el alma se aduna;
seductor, gentil arco de luna
que ilumina el callado jardín.

Anhelados laureles de gloria;
emoción de la sacra victoria;
homenajes de altivo doncel;
soñadoras pupilas; destellos
de los astros; sedosos cabellos;
de la aurora encendido dosel;

Nocturnales canciones de eolias
tristes arpas; abiertas magnolias
que derraman esencia sutil;
riman himnos de vaga dulzura
ofrendando la excelsa hermosura
de albo cutis que besa el marfil.

XXXI

Como tu eres dichosa, van mis versos
de tu alma inmaculada al dulce nido,
buscando protección que los acoja
con benéfico amparo compasivo.

Vienen de mis tristezas desoladas
al conjuro atrayente de tu hechizo,
porque anhelan cruzar por tus ensueños
y ser de tu memoria los cautivos.

Oro.

XXXII

Lirios blancos y rosas de plata
quisiera, señora, dejar en el friso;
de la rosa de plata, la seda,
y el vago perfume del galante lirio.

En los pétalos tiemblan, señora,
fulgores de estrellas, caricias de luna,
y románticos sueños nacidos
del amor de un astro que yerra y fulgura.

Pero no tengo flores, y tristes
desgrano á tu paso mis pálidas rimas,
las de versos de raso que crujen,
y estrofas vibrantes, alma de las liras.

En los ritmos, temblando, señora,
vagan las pasiones, vagan los deseos,
los suspiros, las glorias, las ansias,
y el gemido incierto de los dulces besos.

Si mis rimas tornarse pudieran
en rosas de plata y en pálidos lirios,
lirios blancos y rosas de plata
dejara en ofrenda, señora, en el friso.

XXXIII

Dulce hechizo extasiante es el vuestro;
él subyuga á las almas autócrata;
es un cisne en el lago del Estro
que conduce la endecha aristócrata.

Saben todas las liras amaros;
os da aplauso galante el artista.
Modelada habéis sido con Paros
de atrayente blancura eucarista.

Vos tenéis como heraldos triunfales,
á los cuales lo bello conforma,
los contornos de griega, inmortales
y el bizarro esplendor de la forma.

No os decora la sien el destello
como nimbo de virgen católica;
orgulloso ensombrece el cabello
vuestra pálida faz melancólica.

Luminoso fulgor de alabastro
os da al rostro de blanco Carrara,
la poesía romancesca de un astro
que entre brumas de nieve flotara.

Vuestros ojos ardientes han visto
el fanal que paisajes indica,
donde vaga el Amor como un Cristo
que nupciales ensueños predica.

Vuestra voz es arpegio sonoro
de armoniosa cadencia apacible,
como lluvia de gotas de oro
sobre fino cristal invisible.

Vuestros labios purpúreos enarca
como un ave sus alas, la risa,
cuando vais fugitiva en la barca
que un nostálgico anhelo improvisa.

Saben todas las liras amaros,
y os da aplauso galante el artista,
porque sois modelada con Paros
de atrayente blancura eucarista.

DEL CORAZON

A RAMÓN A. CATALÁ,

TODO CORAZÓN.

DE OTOÑO

A JOSE M. CARBONELL.

UN VUELO melancólico de hojas
en las arcadas de la selva ondula,
como sonrisa virginal que adula
la muerte, de la vida en las congojas.

Tal en tu selva, corazón: despojas
tus ramas de recuerdos, y simula
un miraje engañoso que estimula
el manojo de ensueños que deshojas.

De otoñales tristezas se diluye
un algo espiritual en la contienda
en que el aroma de tu vida exhalas;

y al rumor angustiado, sustituye,
de tus alas heridas en la senda,
un vuelo melancólico de alas...

Uhrbach.

FILÓSOFÍAS

A F. DIAZ SILVEIRA.

TAL EMPEÑO, brega tanta
porque un astro nos encanta
en la noche de la vida,
cuando á su luz se agiganta
el terror de la partida.

Más valiera, en la partida
fijar el constante empeño
sin dolernos de tal suerte,
y hacer un plácido ensueño
del ensueño de la muerte.

La tristeza de la muerte
junto á la vida, estimula
á vivir por nuestro daño,
porque la vida simula
la verdad en el engaño.

La dulzura del engaño
nos sumerge compasiva
en las ondas del olvido,
y al instante, fugitiva
muéstranos el bien perdido.

¡Cuánto batallar perdido
en asirnos á la escala
de una ventura engañosa,
que en el alma tiende el ala
y se aleja presurosa!

Así vuela presurosa
de la vida la querella,
aspirando á un lento acaso,
cual si soñara una estrella
en no hundirse en el ocaso.

Pavoroso nuestro ocaso
nos aterra porque evoca
insondables lobregueces,
y doliente el alma invoca
virginales palideces.

Si angustiosas palideces
de la vida en la partida
afánanse en domeñarla...
nada hay más triste en la vida
que el afán de conservarla.

DEL RECUERDO...

A JOSE M. COLLANTES.

En el recuerdo lejano
que preso en el alma tiembla,
como en brumoso horizonte
la pupila de una estrella,
á modo de flor de sangre
perdura la herida abierta
en los últimos ensueños
por las lágrimas primeras.
Reminiscencias perdidas
de la borrasca en la niebla,
que habláis de perdidos goces
y fugitivas quimeras;
resplandores estelares
que, remedando promesas
de opulentas lejanías,
iluminasteis la senda
al fingir florecimientos
de engañosas primaveras
para agostar los capullos
de las rosas entreabiertas;

melancólicos regueros
de aspiraciones intensas,
que como fúlgidas chispas
dejáis temblorosa estela
en las trágicas penumbras
de las humanas tristezas;
voz simbólica de aliento
inicial de la contienda,
como ritmo que vibrara
reclamo de heroica brega,
desvanecida en el hálito
de prematuras tormentas
y extinguida en el silencio
de soledades inmensas;
aromas embriagadores
de corolas tempraneras,
cómplices de vagos sueños
y exaltaciones secretas,
que simuláis de la vida
embalsamar la tragedia,
dejando en la áspera ruta
ambiente de flores secas...
Perduráis eternamente
haciendo la herida eterna,
en el recuerdo lejano
que preso en el alma tiembla
á modo de flor de sangre
ó de inmarcesible adelfa.

TO BE OR...

A FELIX CALLEJAS.

Hay un dilema tenebroso y triste
de todo corazón en la novela;
si el bien redime, si el amor consuela,
y si al amor y al bien nada resiste.

¿Por qué en el alma que en la lid persiste
del amor embrazando la rodela
y en el bien infinito se desvela,
no hay un dolor que el solio no conquiste?

¿Y por qué si es eterna la amargura
y sólo el llanto asolador perdura
se aferra el alma á un engañoso ensueño

de dulce redención que no se alcanza?
Tal el dilema; ó vence la esperanza,
ó nos reclama de la muerte el sueño.

DESOLACIÓN

A B. BYRNE.

Como el gallardo paladín caído
viendo inutilizada la cimera,
levanta desde el polvo su bandera
como postrer esfuerzo de vencido.

Así mi corazón, mártir herido
por aciago pesar, ya nada espera,
mas sostiene su fúlgida quimera
como un faro entre ruinas encendido.

Oh Señor ! Si perpetuo desolado
cruzando los senderos terrenales
llevo mis ilusiones condolidas,

Infúndele á mi espíritu agobiado
la fe de religiosos ideales
ó el heroico valor de los suicidas !

RODELA

"Porque el amor es más
fuerte que la muerte."

El dolor forja el escudo
que protege formidable
el corazón del que gime
contra humanas mezquindades;

por eso el dolor transforma
en héroes á los cobardes;
redime á los que lo sufren
y hace dioses de los mártires;

y tu amor, amada mía,
forja el escudo inviolable
que mi corazón protege
del dolor contra el embate;

por eso, mientras te adore
y tú perdures amándome,
seré, que el dolor, más fuerte,
más que la muerte, pujante.

¡CAUTIVO!

A JESUS CASTELLANOS.

En noches solitarias de estéril desencanto,
cuando en la mente surgen visiones turbadoras
como sibilas tristes que, anuncian avizoras
naufragios de esperanzas en mar de acerbo llanto;

Sumérgese mi espíritu en ondas de quebranto:
contempla como el tiempo fatídico, las horas
desliza en sus collares sombríos, precursoras
que á mi alma le parecen de funeral espanto.

Agítanme terrores, temblor de fugitivo,
ardiente ansia de vuelos, nostalgias de cautivo,
afán de romper lazos terrenos que no quiebro...

De mis febriles goces aléjase proscripta
la Dicha, y la Demencia transforma en negra cripta
poblada de espectrales fantasmas, mi cerebro.

RUEGO

A DULCE MARIA BORRERO.

Cual las gélidas ráfagas de otoño
con furores de Euménide homicida
despedazan la selva florecida
ó la savia congelan del retoño.

Así en mi corazón, mártir bisoño,
lleno de la nostalgia de otra vida,
es la ansiedad cual savia endurecida
con que mis castos goces emponzoño.

Y aunque yo sé que el venidero estío
no ha de caldear la nieve del hastío,
pues ya mi triste espíritu no espera

y anhelos infinitos lo consumen,
haz, ¡ Oh Dios ! que mis sueños se perfumen
con un soplo de ardiente Primavera !

SELVA OSCURA

PARA HELENA.

NO BUSQUES, amada mía,
en la noche de mi alma
la irradiación de una estrella
ni una nebulosa pálida;
en la tiniebla insondable
donde el dolor se agiganta
sólo hay sombras de tristezas
desfilando en rondas trágicas;
si acaso un fulgor incierto
brilla y de súbito irradia
en el fugitivo espasmo
de una chispa, es de la fragua
donde forja el sentimiento
la formidable coraza
que del ensueño es escudo
contra la flaqueza humana;
es del yunque que transforma
el verso en fúlgida espada,
y de la lírica estrofa
hace vengadoras lanzas
que fulminan y se yerguen
en lides desesperadas.

No busques amada mía,
en la selva de mi alma
aromas de primavera,
perfumes de rosas cándidas;
en el agostado huerto
de los sueños y las ansias
sólo hay pétalos marchitos
y adelfas emponzoñadas;
si acaso flota en un soplo
como un vuelo de fragancia
en la onda moribunda
de la postrimera ráfaga,
es de una flor que agoniza
presintiéndote, y reclama
para morir, el regazo
de tu boca perfumada...

Si penetras, vida mía,
en el huerto de mi alma
sin la irradiación de un astro
ni un algo de rosas cándidas,
ante la inmensa negrura,
ante la tristeza trágica
de la noche perdurable
donde el dolor se agiganta,
será tu llanto el rocío
que en mi selva desolada
haga florecer los cardos
y aromar las rosas blancas,
y al fundir en mis pesares
tus pesares, mi adorada,
podré redimir mis culpas
en el Jordán de tus lágrimas.

DE MI ALMA...

PARA FABIO FIALLO.

Corazón, ¿á qué afanarte
en despertar, si despiertas
para renovar la historia
de tanta adormida pena?

Calma, corazón! No intentes
volver á la ruda brega
si no llevas por coraza
el broquel de tu firmeza,
que al incitante reclamo
de halagadoras promesas
oponga el triste recuerdo
de tus angustias secretas.

Calma, corazón! Si el bosque
se cubre de flores nuevas
y sus pétalos perfuman
las arcadas de la senda,
bajo las mismas arcadas
mustios los cálices ruedan
y parece que sollozan
crujiendo las hojas secas.

Así en la vida: el ensueño
de alucinaciones puebla
el alma, y por ella cruzan
en parvada las quimeras,
y tras la estelar falange
sólo vive, sólo queda,
lo que el dolor sintetiza,
lo que las lágrimas riegan.

Calma, corazón! Si pálido
un rayo de luna riela
sobre el abismo insondable
que guarda tus dichas muertas,
no es la lumbre que presagia
la bonanza en la tormenta,
es el cirio que agoniza
irradiando luces trémulas,
como un astro compasivo
brilla un punto en la tiniebla.

Calma, corazón! No intentes
tornar á la ruda brega,
si de tus viejas heridas
se ha de escapar sangre nueva;
calma, que en el laberinto
fosco de la humana selva,
perdura más que el aroma
de la virgen rosa fresca,
el hálito emponzoñado
de la ensangrentada adelfa.
Corazón, ¿á qué afanarte
en despertar, si despiertas
para renovar la historia
de tanta adormida pena?

SOMBRÍOS

A FERNANDO DE ZAYAS.

¡Oh los dulces, los mágicos delirios,
que brotáis en las almas de los bardos,
con la blanca pureza de los lirios
y la suave fragancia de los nardos!
¡Oh los dulces, los mágicos delirios!

Sois vosotros los castos trovadores
de la rima sutil, del rondel tierno,
y sois también los fieles amadores
de los tristes crepúsculos de invierno;
sois vosotros los castos trovadores.

¡Oh las bellas, radiosas esperanzas
que surgís en las almas condolidas,
como allá en las silentes lontananzas
del éter, las estrellas encendidas!
¡Oh las bellas, radiosas esperanzas!

Sois vosotras las púdicas amantes,
las pensativas niñas ruborosas,
que sentís las dulzuras enervantes
de las azules noches silenciosas;
sois vosotras las púdicas amantes.

¡ Oh las nostalgias que en tranquilos vuelos
emigráis á las fúlgidas regiones
donde florecen místicos anhelos
y existen las doradas ilusiones !
¡ Oh las nostalgias de tranquilos vuelos !

Disipad mis amargas desventuras
y revivid mis goces ideales,
pues me causan insólitas pavuras
mis tétricos letargos funerales...
¡ Disipad mis amargas desventuras !

FOSCA DUDA!

A CESAR CANCIO.

QUÉ DOLOROSA certeza
la pérdida del pasado!
y cuánta duda sombría
del porvenir en lo arcano!

El recuerdo, lo que ha sido,
florece sólo con llanto,
y sólo el llanto fecunda
las flores del desengaño.

Del alma en las insondables
ondas, como en mar airado,
la fe en idílicos rumbos
flota perdida al acaso,
y en la lejana ribera
lóbrega, siniestra... en vano
busca afanoso el espíritu
la piadosa luz de un faro.

Así entre memorias tristes
y anhelos desesperados,
no acertamos en la vida
qué dolor es más humano:
recordar el bien perdido
ó perder el bien soñado!

PEREGRINACIONES

A EULOGIO HORTA.

Jamás han de acabar mis sinsabores
que amarga la nostalgia del hastío,
eternos vivirán cual los dolores
que entristecen mi espíritu sombrío:
jamás han de acabar mis sinsabores.

Un amor infinito por la muerte,
un ansia inextinguible de reposo
siente mi corazón lóbrego, inerte,
que guarda inalterable, doloroso
un amor infinito por la muerte.

En mis febriles noches, cuando duermo
y se aletarga la tristeza mía,
ve mi cerebro tétrico y enfermo
los espectros poblar mi fantasía
en mis febriles noches cuando duermo.

Errando entristecido, solitario
la vida sus encantos no me ofrece,
y mi espíritu teme, visionario,
que no ha de reposar, porque padece
errando entristecido, solitario.

Va siempre cuando sufre á lo pasado
para encontrar consuelo á mi amargura,
y mis horas de niño le han prestado
su vaga, melancólica dulzura
porque va cuando sufre á lo pasado;

Que nutren mis recuerdos de la infancia
esperanzas quiméricas que anida
el porvenir en tenebrosa estancia,
y son ellos los sueños de mi vida
que nutren los recuerdos de mi infancia.

MI NOËL

En la radiosa mañana
de las torres se desgrana
el vuelo de la campana
Noël, Noël!

Para todos tiene acentos
alegres, que da á los vientos,
para mí, sólo lamentos
trae Noël.

Que en la mañana radiosa
en la manigua escabrosa
halló abandonada fosa
¡Sin Noël!

De mis pascuas el encanto,
quien hoy reclama mi llanto
en las rimas de mi canto
de Noël.

LAUROS Y VERSOS

LAUROS Y VERSOS

CUANDO la flamante silva
resplandeciente se ensancha;
cuando el soneto es de oro
y suena el romance á plata;
cuando la oda embravecida
su regia estrofa abrillanta;
cuando el madrigal parece
forjado con rosas blancas;
vibra el nervio del poeta
como si todas las almas
de todos los ideales
en la suya se albergaran,
prestándole fuerzas líricas
de formidable pujanza
que en la arena del combate
por el laurel se agigantan.

El laurel sobre la frente
de los elegidos traza,
brillantes fosforescencias
exhalaciones de llama,
y dibujan atrevidas
las hojas de su guirnalda,
la lucha de las pasiones,
la brega ruda y titánica
de aspiraciones febriles
que al volar pierden las alas,
y el incontrastable empuje
de los sueños que se lanzan
de las glorias á la cúspide
sin temer á la jornada,
cuando la flamante silva
resplandeciente se ensancha.

El laurel sobre la frente
de los elegidos traza,
fulgores de pedrería,
irradiaciones de espadas,
y dibujan orgullosos
los ramos de su guirnalda,
caballerescas historias,
arrojos de gente hidalga,
romancescas correrías
por edades legendarias,
y el soberbio escorzo artístico
modelado en griegas ánforas
por los perfiles helénicos
de joven ninfa raptada,
cuando el soneto es de oro
y suena el romance á plata.

El laurel sobre la frente
de los elegidos traza,
radiantes apoteosis,
resplandores de coraza,
y enmarañadas dibujan
las hojas de su guirnalda,
tristezas inconcebibles,
vencimientos que desgarran,
triunfos de grandes dolores
que purifican la infamia,
y moribundos heroicos
en lides desesperadas,
que se alzan agonizantes
para redimir la patria,
cuando la oda embravecida
su regia estrofa abrillanta.

El laurel sobre la frente
de los elegidos traza,
silentes claros de luna,
rayos de estrellas lejanas,
y dibujan melancólicas
las hojas de su guirnalda,
amores que desfallecen
en penumbras perfumadas,
promesas que se entreabren,
florecimientos de ansias,
y heroínas que sucumben
mientras los besos estallan
en embriagueces supremas
de exaltaciones románticas,
cuando el madrigal parece
forjado con rosas blancas.

GERMINAL

Y HABLÓ del hombre torvo la indómita soberbia:
—Yo soy la pavorosa creación de la miseria,
que amamantó en su seno el germen de mis penas;
yo soy el fugitivo que recogió la herencia
de todos los dolores y todas las tristezas,
y que fundiendo todas las desligadas fuerzas
que crecen y palpitan del alma en las tinieblas,
forjó la ruda malla que el pecho me abroquela,
defensa y acicate en un punto, á manera
de símbolo que tiene de lanza y de rodela.
Mi padre nada opuso que domeñar pudiera
mis ímpetus insanos, mis lágrimas primeras,
ni la inicial opuso á mi derrota cierta
que un brote hubiera sido de redención benéfica.
Yo soy un lobo, mírame; del hombre tengo apenas
la traza, que defórmase en bosques y cavernas,
donde comparto el lecho con indomables fieras
que con zarpazos pagan el celo de la hembra.

Yo soy un lobo, mira, cual de expresión siniestra
la lumbre de mis ojos tan sólo es mensajera;
y cual simula un bronce bizarro mi melena
donde la luz del día nunca lograr penetra.
Mi amor es tenebroso, amor que se concentra
en locas abstracciones ó en ídolos de piedra,
sin que suplique un bálsamo á la azulada esfera,
sin que demande un goce á la pasión terrena.
Mira, si puede acaso tu vista, en la secreta
profundidad del alma investigar intensa,
y encontrarás remedos de lo que al sol se muestra,
dolientes amarguras ó incógnitas fierezas,
y entre insondables sombras la sombra de una queja
que pugna por no alzarse y en pugna se revela.
Llevo en el fosco nido de mi árida conciencia,
desconocidas ansias, esbozos de quimeras,
inconcebibles gérmenes de boreas y tormentas,
y como una reliquia, á modo de cimera,
la llamarada fúlgida de mis independencias.
Mi afán fuera librarme de tu tenaz presencia,
y errar de clima en clima mi anhelo sólo fuera,
si no llevara el yugo del llanto y la flaqueza
que por orgullo ingénito quiero que oculto muera.
¿A qué brindarme entonces el filtro de tu entrega?
¿A qué el reclamo dulce, á qué la ardiente oferta?
¿A qué mostrarme lánguida tu lírica belleza,
tu carne y tu perfume de rosas entreabiertas...?
Y dijo la impoluta con rítmica cadencia:
—Yo soy de tu consuelo la vibración primera,
que se consagra al triunfo de encadenar la bestia,
ó de verter la púrpura de sus henchidas venas
para aplacar la cólera de la indomable fiera.
Yo soy la que del bosque por las perdidas sendas
en sus divagaciones vió tus errantes huellas,

y entre las perfumadas arcadas de la selva
creyó escuchar difuso un vuelo de anatemas.
La que prestara tímida, atónita y suspensa,
profundas atenciones al eco de la queja,
y la que enajenara de pasmo y de sorpresa
junto al gigante roble tu trágica silueta.
Yo vengo de muy lejos, de las doradas tierras
que el sol enamorado eternamente besa,
donde florecen flores que manchan las arenas
con sangre que fecunda radiantes Citereas,
y donde entre los lauros, los mirtos y azucenas
con clásicos bordones preludian las abejas
estancias cadenciosas de mórbidos poemas.
Yo vengo de muy lejos, asombros y querellas
dejando en los senderos donde dejé mi huella,
y piérdome en las brumas de las añosas selvas
donde de tus pupilas la luz traza mi senda.
Yo vengo á encadenarte con mágica cadena,
porque soñé en un sueño de inexcrutable esencia,
que yo tus lobregueces diafanizar pudiera,
y que mi carne virgen y mi alma de faunesa,
fundidas en tu carne darán un alma nueva.
Yo soy de rosa, mírame: la dulce primavera
cuajó su sangre erótica en mi mejilla tierna
y diluyó su fuego que mi pasión alienta
prestándole á mi espíritu fiebre de amor intensa.
Si miras, en mis ojos que la caricia vela,
leerás el suave influjo de la sutil leyenda
que dice de dulzuras, que dice de promesas
y que mi rendimiento á tu poder someta.
Yo traigo, que perfume tu vida, mi existencia
de flor que se desflora, de viva luz de estrella,
y para que se aniden tus besos, mis guedejas
plegándose á la espalda, tierno botón te dejan;

la túnica indecisa las fugas vela apenas
de lo que te consagro de vírgenes preseas...
junta á tu fosca boca mi boca húmeda y fresca
y toma ansioso mieles y tu amargura deja... !
Y nada el lobo dijo, ni más la dulce griega,
pero tembló de celos la milenaria selva...
y de la unión fecunda brotó una raza nueva,
la raza que se rinde al beso de una estrella,
la que cincela versos y mármoles cincela,
la raza de los nómadas que ofician á la idea,
la raza de los tristes, la errante, la bohemia... !

Uhrbach.

EL ENSUEÑO

Por las cuerdas de la lira,
por las gracias de la musa,
la que los versos inspira,
la que los vibra profusa:

Nada hará torcer mi empeño
ni cejar el ansia mía,
de transformar en ensueño
mi inmensa melancolía.

Vago ensueño que no acierte
á definir lo que aspire;
ya suspire por la muerte
ó por la vida suspire,

y en sutiles abstracciones
de incertidumbres pobladas,
ensaye divagaciones
por rutas inexploradas.

Casto ensueño que vacile
en un tímido aleteo,
y en el trémolo aniquile
el influjo del deseo;

y abroquele su inocencia,
si descifrar teme arrojos
de unos labios en la ciencia
ó en la sima de unos ojos.

Ensueño leve, que vuele
en un pétalo de rosa
y el dulce encanto revele
de una pupila amorosa;

y que flotando en el ala
de la ráfaga indecisa,
finja el ruego que se exhala
de una amorosa sonrisa.

Sensual ensueño que evoque
virginales inquietudes,
y el paroxismo provoque
de extrañas solicitudes;

y sumiso al llamamiento
de la lujuria, responda
como al reclamo del viento
la caricia de la onda.

Triste ensueño que persiga
la verdad de una quimera,
como brote de áurea espiga
de infecunda primavera;

y confiado arroje el germen
á los vientos errabundos,
ó á los surcos donde duermen
los anhelos infecundos.

Místico ensueño, que inicie
cándidas consagraciones,
y las almas acaricie
con susurro de oraciones;

y al dolor que nos consume
muestre en la gracia de un vuelo,
rosa de eterno perfume
la dulce perla del cielo.

Mago ensueño que deslumbre
con la gama de la rima,
la pureza de la cumbre
y el misterio de la sima,

y formule á la impoluta
caravana de la gloria,
el diseño de la ruta
que conduce á la victoria.

Heroico ensueño que inflame
corazones altaneros
y el vasallaje reclame
de temerarios aceros;

y forjando férreas cotas
á las huestes altaneras,
de clarines lance notas
y estremezca á las banderas.

Loco ensueño que se lance
á la engañosa conquista,
de imposibles que no alcance,
de comarca que no exista;

y persiguiendo espejismos
de cielos crepusculares,
se sumerja en los abismos
de las selvas estelares...

Por las cuerdas de la lira,
por las gracias de la musa,
la que los versos inspira,
la que los vibra profusa;

No podré alcanzar mi empeño
ni lograr el ansia mía,
de convertir en ensueño
mi inmensa melancolía...

A UN SOÑADOR

En tu alma tenebrosa, obscurecida
por el dolor, brillantes resplandores
vierte el místico sol de los amores
como faceta por la llama herida.

Sobre tu frente con soberbia erguida
cual si de un Dios retase los furores,
forja un nimbo y fecundan sus fulgores
heroico anhelo y gérmenes de vida.

De tus hermosos sueños codiciados
ven tus febriles ojos asombrados
surgir augusta la esperanza muerta.

Y al inundar tu espíritu la aurora,
la dicha, con su voz consoladora,
tu conmovido corazón despierta.

CENIZAS

Cuando los pensamientos encabritados
rugen como jaguares encadenados:
cuando en lúgubre ronda van los martirios
entre luces que irradian lumbre de cirios,
y se internan pausados en lontananzas
donde agonizan todas las esperanzas,
sienten las almas puras capaces de la pena
el goce del dolor...

Cuando á la flor de ensueño quiebran los austros,
y se aman las penumbras frías de los claustros
porque las fiebres beodas se muestran ávidas
de sosiegos morosos, y ahogan impávidas
impulsivos arranques, besos ocultos,
que en bocas congeladas yacen sepultos,
buscan las almas puras capaces de la pena
la dicha del dolor...

Cuando los sufrimientos son los soberbios
reptiles enroscados á ardientes nervios;
cuando brotan cual plantas los desencantos
florecidos por lluvias de acerbos llantos,
y sus corolas vierten aroma intenso
que acaricia y entume como el incienso,
tienen las almas puras capaces de la pena
por huésped al dolor...

Cuando es zarpa que hiere la última fibra
y su voz melancólica el pesar vibra,
cuando las canas llegan sin senectudes
y sollozan los cantos en los laúdes,
las juveniles frentes brillan marmóreas
semejantes á lápidas hiperbóreas,
y cruza por las almas capaces de la pena
la imagen del dolor...

Cuando acechan los vértigos, los precipicios
engendran la nostalgia de los suplicios;
cuando el gran panorama de los presagios
á pupilas ansiosas muestran naufragios,
cuando se ve un incendio que ha sido chispa,
ansiedad de sostenes las manos crispa,
y es gloria entonces de almas capaces de la pena
la gloria del Dolor...!

LOS AGUINALDOS

AL POETA FELIX L. CAMPUZANO.

Los aguinaldos! Flores de pascua, los aguinaldos
de caprichosas constelaciones visten los prados,
y hay en la nieve de sus guirnaldas, tiernos reclamos
como de vírgenes, con sus corolas de tonos cándidos.

Con el encaje maravilloso de sus estrellas,
van simulando del azul cielo la comba inmensa,
y cada brote traza un remedo de la áurea selva;
toda la Lira, toda la Virgen, todas las Pléyades.

Conquistadores, su escala tienden hasta la cima
de agrestes palmas, donde columpian sus campanillas,
que con sus vuelos breves transforman y glorifican
los viejos troncos en campanarios de alma infinita.

En los fugaces deslumbramientos de la mañana,
al desprenderse de las corolas chispas de agua,
sueña el encanto que se desprenden de las arcadas
como repiques interminables de alegres dianas.

En el ambiente vago de ensueño con que la tarde
finge á los tristes que la persiguen abandonarse,
los aguinaldos con su perfume llenan el aire
como de un soplo de languideces crepusculares.

En las penumbras embalsamadas de suaves noches,
cuando al silencio sólo el silencio flébil responde,
riman un salmo de opacas notas las blancas flores,
como suspiros, como sollozos, como oraciones...

En las laderas reverdecidas de los caminos
ó en los remansos llenos de sueño de claros ríos,
mandan sonrisas como de tiernos labios amigos
que tranquilizan las inquietudes del peregrino.

Los aguinaldos con sus risueñas alternativas
de verde y blanco, tejen idilios de frescas rimas,
lo verde dice de églogas suaves de griega lírica,
lo blanco dice de madrigales y eucaristías.

Hay en el fondo de cada cáliz todo un poema
de épicas rimas que desconoce la primavera,
y que refiere rudas estrofas de la leyenda
sólo entonadas por los bordones de las abejas;

Cuando la sangre tiñó los campos de hirviente púrpura,
y sólo horrores iluminaba la absorta luna,
fué de la abeja murmuradora la ronca música
quien á las flores narró la historia de nuestras luchas;

Y compasivos, los aguinaldos, de los reveses
que soportaban heroicamente las fieras huestes,
rindiendo el alma que oculta llevan sus castas nieves
á nuestras huestes, con las abejas, mandaron mieles.

En las llanuras que fué sellando la cruda guerra
con rojos signos que tributaban patricias venas,
sobre la grana, cada aguinaldo, como una estrella,
copiaba el astro, blasón y orgullo de la bandera.

De la tragedia guardando altivos la hazaña heroica
ó en la tragedia simbolizando misericordias,
¡ no hay una cumbre donde no canten alguna gloria,
ni hay una breña donde no enfloren alguna fosa !

Los aguinaldos ! Flores de pascua, los aguinaldos
de caprichosas constelaciones visten los prados,
y no han logrado pasar gloriosos bajo sus arcos
las primaveras, ni los otoños, ni los veranos.

RUTA

En la escala gloriosa del arte
en estancias el alma comparte
el sendero de mágica lumbre;
el placer, que las rutas inicia,
el amor, que en la brega acaricia
y el dolor, que conduce á la cumbre.

Es efebo, el placer, que sonríe
al perfume inicial que deslíe
en el alma la flor del deseo,
y á su influjo, se anima y palpita
la sensual concepción de Afrodita,
del color ó del mármol trofeo.

El amor es audaz visionario
que persigue Bethleen ó Calvario,
y en el alma fecunda su empeño
que en la malla del arte aprisiona:
simbolice capullo ó madona
de la rima y del ritmo es ensueño.

El dolor es tirano que oprime
ó Jordán ideal que redime...
¡pero siempre en el alma perdura!
y á su imperio tenaz que reclama,
al llegar á la meta, se inflama
rima y ritmo, color y escultura!

RIMA DE ORO

El Estío es imperial. Á su llegada
temblor de ardiente vida
á la tierra sacude, cuando airoso
en su carroza bélica desfila.
La dulce Primavera,
la consorte de Mayo blonda y tímida,
refúgiase en la selva
con sus floreales galas fugitiva,
y oculta entre las rosas
que entreabren sus corolas purpurinas,
con pueriles asombros
la regia marcha del Verano atisba.

El Estío es soberbio. Poderoso
su influjo tiraniza;
abate la alta frente diademada
por la nieve que brilla
en las cumbres enhiestas que los montes
erigen á los astros que titilan,
resbalando disuelta
por los áridos flancos, y se humilla
hasta entonar en las llanuras fértiles
el rumor suplicante de sus linfas.

Lleno de majestad el Estío cruza
y azota su cuadriga,
que al carro resonante del monarca
con músculos va uncida;
y con pomposa dignidad pasea,
ebrio con el laurel de su conquista,
como opulento sátrapa florido
su túnica de luz por las campiñas.

Nómada es el Estío. Ha recorrido
la sacra Palestina,
los rojos arenales de la Arabia
y los húmedos bosques de la India.
Disueltos en su rubia cabellera
trae olores de mirra,
penetrantes fragancias y perfumes
de comarcas idílicas,
que esfuman las nostalgias del recuerdo
enervando las ansias pensativas!

Propicio al devaneo
y heraldo de la Dicha,
al escuchar su música sonata
indecisos anhelos se perfilan.
Con sangre de las rosas
tiñe el ampo de pálidas mejillas,
y el alma de las fúlgidas estrellas
asoma, como un nimbo, á las pupilas.

Ofrece á los amados soñadores
los deleites que ansían,
las misteriosas noches estivales,
las ansias impulsivas,
los silentes jardines, la espesura

con sus rutas sombrías;
evoca las quimeras inefables
á la pasión propicias,
y desata los bucles de las novias
en el deliquio intenso de las citas.

Adora á los poetas.
Tiene el alma de artista.
Un alma sin tinieblas, que difunde
profundas alegrías.
De los bardos decrépitos
las esperanzas gélidas reanima,
al ver las cabelleras que tuvieron
el oro de la mies, ó las sombrías
tocas de obscura noche que azotaron
del Invierno espectral las alas frígidas.

El mismo canta sus proezas. Suena
con notas de clarín, su épica lira
narrando heroicos hechos, ó murmura
enamorada sus cadencias hímnicas
conjurando bacantes á las fiestas
de las driadas esquivas,
ó en las pálidas tardes melancólicas
arrulla los pesares de las ninfas.

Trae para las amadas
promesas infinitas;
dulces revelaciones voluptuosas
en la áurea red de su morral cautivas.

Penetra en las alcobas
y la explosión de crepitantes chispas
apaga en las candentes chimeneas

con el fragante soplo de sus brisas.
Descorre presuroso
el tupido cendal de las cortinas,
los suaves terciopelos,
las afelpadas pieles que cobijan
en invernales noches, delicados
hombros de las amadas que tiritan,
ó se enroscan, ciñendo las gargantas
de satinada piel alabastrina.

Prende sobre los tálamos,
tromba de vaporosas muselinas,
los encajes sútiles
que trémulos se agitan,
albergando en sus pliegues los suspiros
apasionados de las noches íntimas.

Su imperio es el imperio de las gasas.
Los chales de fastuosa cachemira
desciñe de los cuellos de las vírgenes.
El tul es la divisa
que prende en los corpiños,
para velar las formas de Afrodita
que ostentan sus amantes ojerosas
de senos combos y caderas líricas.

Gusta de los amores en la selva.
Las sedeñas corolas encendidas
transforma en voluptuosos gineceos
donde las fiebres lúbricas anidan.
Enciende en los pístilos
anhelos de placer, pasiones vivas.
Se estrechan los capullos
con lánguido sopor. Desfallecidas

replégase las hojas
con locas embriagueces convulsivas.

Su séquito de noches
que los discos astrales diafanizan,
        esparcen en los sueños
la beatitud de las tristezas místicas,
        ó el arrobo celeste
de los castos amores idealistas.
Difunde en sus penumbras
olor de nardos, ritmos de elegía
que emergen de las frondas
y en el ambiente cálido palpitan.

¡ Oh sus noches calladas
llenas de imperceptibles armonías,
en que yerran las almas
por la serena bóveda ambarina
        solas con el anhelo,
de la tortura terrenal proscriptas
por los delirios cándidos que engendran
        las nostalgias divinas !

El Estío es aristócrata. Fastuoso
        abrillanta la enferma fantasía
        con ensueños beodos
de los tristes orfebres de la rima.
Ama los florilegios, las canciones,
y magnánimo brinda
su pomposo esplendor á las estrofas
        soberbiamente líricas;
la amargura fatal de las adelfas
al rondel pensativo que suspira,
cuando lleva en sus notas

sollozos de postreras despedidas.
En las áureas diademas del soneto
incrustra refulgentes pedrerías.
Los rizos del nupcial epitalamio
constela de azahar y frescas lilas,
y magnífico cuelga
guirnaldas florecidas,
del verso cincelado en las metopas
y en la veste flamante de las silvas!

RIMA DE PLATA

Otoño, salve! En tu glacial crepúsculo
va la falange de errabundas nubes
fugaces y ateridas
como aves tristes que del Norte acuden,
y vuelan raudas y en sus alas grises
llevan los sueños frígidos de Octubre.
Otoño, salve! En el clarín del viento
helado y gemidor, la nota surge
que en la nudosa vid canta su estrofa
y entre las ramas urde
raros poemas de flamantes versos.

Oh la musa gentil, salve! Seducen
las combas de sus líneas,
la sutileza de sus curvas.
Cubre
el alabastro de sus formas, leve
túnica al descender.
Flota el perfume
vago de la aromada cabellera.

En las pupilas fulgen
brillos astrales de indolentes ansias,
y eleva en voluptuosas actitudes
los brazos, al racimo
que los ensueños lánguidos produce.

Mundano y melancólico, el Otoño
ama las pieles de astrakán, sacude
la nieve de sus alas en las selvas,
y entra en los gabinetes, donde influye
de los amores al reposo íntimo.
Ama el silencio, y cuando fuera ruge
envía á las alcobas perfumadas
el suspiro que arranca á los aludes.
El adora el armiño,
las sedas que se fruncen,
y las sonrisas y los besos tibios
que brotan de los labios que se unen.

Azota los cristales
donde flamea del hogar la lumbre,
y se filtra, agitando perezoso
los cortinajes que el misterio encubren,
para escuchar las rimas del amado
que arrullan á la amada, y se difunden
como un débil gemido que acaricia,
que tiembla, y se confunde
con el murmullo del epitalamio
que entona el triunfo del amor.

Reluce
en el balcón la escarcha, cuando un ripio
de luz la hiere.
En la floresta crujen

las amarillas hojas
que el cierzo arremolina, y en las cumbres
alza al azul el hielo
sus fantásticas cimas, donde luce
la luna como un nimbo.

¡ Oh la apacible
serenidad, Otoño, con que huye
el fulgor de tus tardes, cuando brotan
los blancos azahares, los que uncen
las sienes de las bellas desposadas !

Otoño gusta de embriagarse, afluye
á las vides la savia exuberante
en su estación, y bulle
el alma de los vinos en sus noches,
en sus heladas noches, cuando se hunde
la luna tras los montes blanquecinos
como extraña heroína que sucumbe,
cuando arropa en las brumas invernales
del estío las clámides azules.

Los poetas pensativos
que agobian ignoradas pesadumbres,
y los alegres, mágicos poetas
que sueñan encantadas Stambules,
los que ven en el éter
errar visiones pálidas que infunden
anhelos fugitivos,
temores vagos y promesas dulces;
y los enamorados que se alejan
y en el recuerdo de la ausente sumen
el alma que agoniza en el recuerdo
soñando un ideal que la deslumbre;

aman las tardes del Otoño, y aman
las vagabundas auras que conducen
sus lánguidos espíritus
lejos de las humanas muchedumbres.

Otoño es triste, cuando á media noche
narra leyendas fúnebres,
y la voz de metal de las esquilas
cual sinfonías gélidas traduce.

Otoño es decidor, cuando sorprende
en el salón secretos, y descubre
tras de los abanicos
los cuchicheos que al salir entume
con sus ráfagas frías.
El es galante y seductor, y frunce
en torno de los cuellos delicados
las felpas, los encajes, y presume
que sus lívidos besos
los labios que se hielan desentumen.

El Otoño es pintor. Cuando en ocaso
la leve niebla sube
del mar en las extensas lejanías,
mientras las olas flageladas mugen,
esfuma en su fantástica paleta
cárdenos tintes, moribundas luces...

Otoño, Salve! En tu glacial crepúsculo
va la falanje de errabundas nubes,
fugaces y ateridas,
como aves tristes que del Norte acuden,
llevando raudas en sus alas grises
los sueños melancólicos de Octubre.

TRÁGICO

Está en la cita alocada,
sacúdela frío temblor,
es súplica su mirada,
su acento acariciador!

Tiene la actitud airada
y el aire amenazador,
déspota la diestra alzada
con impetuoso furor

El galán, su tierna gloria,
y con la faz cejijunta
dice en febril convicción:

—¡Qué bien escribe la historia
del amor, cortante punta
sobre un infiel corazón!

CASO

En el arco de la luna
—arco de luna en creciente—
cuando estaba en occidente
colgué mi loca fortuna
y aguardé confiadamente.

De la noche sonriente
pasé el tiempo dulcemente,
soñando que mi fortuna
al ir creciendo la luna
fuera creciendo igualmente.

Y á la mañana siguiente,
¡oh dolor! taimadamente
surgió el arco de la luna
por el impasible oriente
volcado y sin mi fortuna...

EN LA PLAYA

Por la arena divagando en tu conquista,
con tu blanca marinera de batista
y la rosa de tu rostro sonriente,
has cruzado como un sueño ante mi vista
hospedándote en mi alma eternamente.

¿Qué misterio, qué prodigio, eternamente
á mi espíritu errabundo ha encadenado
tu visión de joven ninfa inspiradora,
desgarrando las tristezas de un nublado
con la gloria de un crepúsculo de aurora?

Divagando por la arena, de la aurora
al fugaz deslumbramiento, que remedas
con la llama de tus labios, y tus rizos
donde prenden las marinas auras ledas
las pasiones que desatan tus hechizos;

Tan sutil es la atracción de tus hechizos,
tan potente es el influjo del empeño
con que anhelos adormidos estimulas,
que impaciente el ansia emerge del ensueño
de Afrodita tentadora que simulas.

Finge el término marino en que simulas
destacarte como un lirio ó como un astro,
espejismos de infinitas aureolas,
donde irradia de la espuma el alabastro
sobre el verde de oro viejo de las olas.

Con los tumbos cadenciosos de las olas
rima el ritmo ondulador de tu cintura
en estrofas que domeñan á los tumbos:
la onda glauca traza rumbos de negrura,
tu cintura de deleites traza rumbos.

La distancia disimula vagos rumbos
que se pierden en inciertas lejanías
como esbozos de rosadas acuarelas,
donde forjan las errantes fantasías
como fugas ideales de albas velas.

Tu mirada escrutadora tras las velas
como pájaro que emigra tiende el vuelo
fantaseando con incógnitos países,
y las velas se perfilan en el cielo
como brumas, como nieves, como lises.

Tu pupila enamorada de los lises
que fascinan los sedientos corazones
copia el cuadro que crearan tus antojos,
y hay remedos de nereidas y tritones
en las simas insondables de tus ojos.

Los remansos adormidos de tus ojos
vela el arco espiritual de tu pestaña
del fulgor reverberante del paisaje,
y su viva luz metálica se baña
en la linfa voluptuosa del oleaje.

La caricia húmeda y fresca del oleaje
con sus chispas en tu falda prende besos
si al descuido en sus comarcas te deslizas,
y te alejas de lo real asida á esos
idealismos que en tu mente sutilizas.

Con el filtro de tu gracia sutilizas
las pasiones que se exaltan de tu encanto
en la urdimbre misteriosa aprisionadas;
la cadena de tus risas vence tanto
como el hilo de la red de tus miradas.

Diluyendo en el espacio tus miradas,
con tu blanca marinera de batista
y la rosa de tu rostro sonriente,
has cruzado como un sueño ante mi vista
hospedándote en mi alma eternamente.

ZAREDOUTNI!

I

ROMPE el aspillado fuerte
guardián del áspero monte,
la línea del horizonte
como símbolo de muerte;
destácase en el inerte
perfil su mole sombría,
y finge en la lejanía
el altivo parapeto,
más que centinela, reto
que á la noche desafía.

Aleve silencio, apenas
turbado por el lejano
clamor del inquieto oceano
envuelve fosos y almenas;
dijérase que en las venas
de piedra del recio muro,
obedientes al conjuro
de obstinadas oquedades,
vagaran las soledades
buscando asilo seguro.

En el fosco cielo brilla
como en trágica palestra,
la hoja delgada y siniestra
de corva luna amarilla;
cerca, pasma y maravilla
la obscuridad del sendero,
que escala el árido otero
buscando el férreo portillo
que señala en el castillo
el resplandor de un lucero.

Turba súbito el reposo
de la silente hondonada
que es del baluarte avanzada
leve ruido sigiloso;
ondular cauto ó medroso
estremece la maleza,
y simula la destreza
de los tránsitos sutiles
madriguera de reptiles
que sorda se despereza.

De la imponente terraza
vuela sibilante aullido,
como tétrico alarido
ó vengadora amenaza;
arista fúlgida traza
en la erizada cornisa,
como brillante divisa,
rauda rúbrica de oro
que estalla cual meteoro
en la penumbra indecisa.

De la brusca artillería
responde al estruendo bronco,
entre las sombras, el ronco
estertor de la agonía;
revuélvese la bravía
hueste de los sitiadores,
y piérdense los clamores
fatídicos del estrago
en la púrpura del lago
de espanto y sangre y horrores.

Taimada tregua, parece
acallar á los sitiados,
y otro montón de arrojados
blanco á sus iras ofrece;
como un cráter resplandece
de nuevo la enhiesta cima,
y trágicamente rima
el vivo relampagueo,
con el triste clamoreo
de la tenebrosa sima.

Cayendo los batallones
en la falaz emboscada,
van legando la sagrada
rabia de sus corazones;
de los humeantes bastiones
acércanse al temerario
término de su Calvario,
y bajo rojiza clámide
yérguese humana pirámide
sobre palpitante osario!

En la clámide rojiza
de la cumbre se desgaja
más que humareda, mortaja
que el empuje paraliza...
y cimera de la liza,
tenaz en su heroico empeño,
cruzado jefe zahereño
del parapeto en lo alto,
hostiliza el fiero asalto
como figura de ensueño...

Del sitiador la victoria
no domó férreas escalas,
que en su arrojo encontró alas
para conquistar la gloria;
y al deshojar su ilusoria
sangrienta rosa el oriente,
del alba trágicamente
el rojo imperio comparte,
tremolando en el baluarte
un girón de sol naciente.

Á UN PINTOR

SON TUS pinceles sombríos
y tus creaciones dolientes:
sabes con tonos calientes
colorear semblantes fríos.

Surgen en los desvaríos
de tu paleta, indigentes
ancianos de mustias frentes
y corazones vacíos.

Pinta obscuros subterráneos
tu numen, llenos de cráneos
de criminales difuntos,

y las mansiones desiertas
que jamás abren las puertas
á los seres que van juntos.

CRESPÓN

La musa, qué triste viene!
su vestidura enlutada
trae; la faz desencajada
y el cabello blanco tiene.

Cáliz que acíbar contiene
es su boca purpurada.
La mano fina y helada
entre mis manos detiene.

¿Por qué semeja una viuda?
¿Quién á que doliente acuda
la manda loca á gemir?

¡Ay! un hado cruel la obliga
que sollozando me diga
que presto voy á morir!

EN ALTA MAR

Cuando se desvanece del horizonte
borrándose á lo lejos, entre la niebla,
y ávidas las pupilas, buscan ansiosas
tras las hirvientes ondas la amada tierra;

Cuando en las lontananzas finge la mente
ver aún brumosas costas, tenues riberas,
y con hondas nostalgias nuevos confines
va trazando la mano de la tristeza;

Cuando los ojos lloran y las miradas
flotan en las espumas sobre la estela,
soñando que las olas embravecidas
de postreros adioses sean mensajeras;

Las almas se arrodillan, y en el ocaso
el sol agonizante, rojo, semeja
pupila ensangrentada, cirio siniestro
que ilumina fantasmas de cosas muertas.

PAISAJE

Entre el cielo y el mar, gigante mole,
mancha el azul el fuerte abandonado,
que acaricia la espuma con sus flores
y flagelan las olas con su látigo.

Es un titán caído; en su agonía
parece sollozar, cuando á su paso
las velas agitadas por la brisa
inclínanse y semejan saludarlo.

Las gaviotas en él tienen su nido,
y cuando el sol se pierde en el ocaso,
vuelan junto al gigante, y en sus giros
trazan oscuros círculos fantásticos.

Cuando me acerco á él, pienso en la muerte
que amenaza tronchar grandes ancianos,
y se goza al mirar cómo se pierde
en el abismo un cúmulo de años.

Uhrbach.

RIMAS REALISTAS

I

Por la ruta de acacias que fingen
arcadas floridas,
al lugar donde espera el amante
la amada camina.

En el seno las auras le mueven
las blancas batistas,
que remedan las ondas calladas
del mar de la dicha.

Con el pálido rostro radiante
que el gozo ilumina,
y secretos pudores de virgen
se acerca indecisa.

Él, con voz vibradora, la llama
su reina, su niña,
y en intenso deliquio la dice
«Soy tuyo, sé mía».

Y después de las frases que arrullan,
extrañas sonrisas,
dulces lágrimas, besos ansiosos,
risueñas caricias,
y unos brazos resueltos que oprimen
un cuello de ninfa...

II

Con las bellas pupilas inquietas
por miedos y sustos,
y las trémulas manos buscando
sostén en el muro,

va la reina, la novia, á la cita
do espérala adusto
el doncel que, impaciente reprime
colérico impulso.

Él ha sido su ensueño de oro,
su amado, su culto.
Para él dieron los besos sus labios
de flor en capullo.

Despertaron terribles los celos
el león del orgullo,
y al sumiso reclamo amoroso
sucede el insulto.

Y después, en las tétricas sombras
del crimen escudo,
una daga que se hunde implacable
en un seno puro
y una boca que expira besando
el trágico puño!...

A UNA POETISA

Al cruzar por mi mente tus rimas
como astros brillantes por cielo enlutado,
con su luz misteriosa iluminan
mis tristes anhelos de goces extraños,
al cruzar por mi mente tus rimas
como astros brillantes por cielo enlutado.

Me parecen ocultos mensajes
que te manda la dulce tristeza,
porque dicen las místicas frases
que yo escucho á mis locas quimeras,
y las juzgo, pues sufres, mensajes
que te manda la dulce tristeza.

Canta y llora! La estrofa es un culto.
El llanto es de amores eternos, bautismo;
y tus rimas, deliquios profundos
le traen á mi espíritu que al tuyo va unido.
Canta y llora! La estrofa es un culto
y el llanto es de amores eternos, bautismo!...

PAX ÁNIMAE

Mis rimas en tus labios, como flores
difunden el aroma del recuerdo:
memorias infantiles que se pierden
en la vaga penumbra de los sueños.

A la memoria afluye la memoria
lejana y triste de fugaces tiempos,
en que astros áureos de celestes brillos
en nuestras almas las venturas fueron.

En mis nostalgias que visitas, finges
errante estrella en tenebroso cielo,
ó fugitiva del dolor que busca
piadoso albergue en mi enfermizo verso.

Ya no provocas dulces alegrías
ni disipas mi estéril descontento,
porque al surgir te miran impasibles
sin reanimarse mis placeres muertos.

DE TRÁNSITO

Yo vengo de un país que el sol inflama
con su lluvia de ardiente pedrería,
que en regueros lumínicos envía
de su ígneo disco la caldeada llama.

Donde susurra lánguida la rama
del árbol de los sueños su elegía,
y sus notas de rítmica armonía
en los delirios pálidos derrama.

Allí, á través de mágico espejismo,
descúbrese del sacro misticismo
el séquito de goces ideales;

Y vírgenes de cándida hermosura
engendrando en el alma la locura
profetizan las dichas celestiales.

EN LA DERROTA

I

Tu labio altivo en la derrota lanza
como bizarro alarde de fiereza,
anatema implacable á la tristeza
y amoroso reclamo á la venganza.

Fulgura en tus pupilas la esperanza
de arrojar de tu alma la pureza,
y anegado en el mar de la vileza
por la maldad romper tu última lanza.

Pero aún no es el momento; tus furores
cual negras mariposas en huída
piérdense del olvido en la penumbra,

y adormido en extáticos amores,
ilumina tu alma adolorida
llamarada febril que te deslumbra.

II

En el trance fatal de la derrota
deshecha ya sostienes tu armadura,
porque no recibiste afrenta impura
ni está manchada una divisa rota.

Aunque implacable adversidad te azota,
no te intimida femenil pavura;
en tu diestra hay pujanza que perdura
y aún tu bridón enardecido trota!

Con ávidas pupilas á tu dama
buscas, pero al saber que no reclama
gajes de amor ni tu destino inquiere,

abandónante bélicos furores,
y ves en el fulgor de tus amores
un sol que, iluminándote, se muere!

ALEVOSÍA

Maravíllanse los sabios
de ilustres cabezas canas,
de la invención asombrosa
de un joven sabio de Italia,
que abrió la flor del prodigio
de trasmitir la palabra
desde los yermos boreales
hasta las hirvientes playas,
sin el hilo que eslabona
las fabulosas comarcas
tejiendo en el viejo oceano
red de portentosa malla;
maravíllanse los sabios
del joven sabio de Italia
que ha deslumbrado sus graves
ilustres cabezas blancas,
porque los sabios ignoran
el secreto que guardaba
de mis inmensos tesoros
en la sima codiciada,

y hurtóme aleve y taimado
el joven sabio de Italia...
porque los sabios no saben
que los sueños de mi amada,
los sueños de sus leyendas
de florescencias románticas,
sin que broten de sus labios
en mi corazón se graban;
y los versos que yo oculto
temerosos en el alma,
sin que nunca los revele
ni jamás tiendan el ala,
refúgianse en los abismos
del corazón de mi amada,
que silenciosa, al mirarme,
de un beso en la dulce magia,
me recita las estrofas
de sus más íntimas páginas.
Ya sabéis, ilustres sabios
de ilustres cabezas canas,
á quien robara su invento
el joven sabio de Italia,
que sorprendiendo mi hechizo
debe su gloria y su fama
á la misteriosa urdimbre
del hilo de una mirada.

CRISANTEMOS

FABULOSAS leyendas orientales
dicen del crisantemo la leyenda,
que entraña en dulce símbolo la ofrenda
de exaltadas primicias virginales.

Fingiendo atardeceres estivales
sus corolas deshójanse en la senda,
que señala al encanto la contienda
de áureos deslumbramientos florëales.

Sus pétalos, á modo de venablos
de mil luces, á zonas mil alcanzan
como flechas de un sol iridiscente,

y engarzando en sus pétalos vocablos
á las comarcas del ensueño lanzan
fabulosas leyendas del Oriente.

ROSAS DE NOËL

LAS ROSAS de Noël, las dulces rosas
del Nazareno al resplandor nacidas,
refieren las leyendas milagrosas
de regeneraciones prometidas.

A las almas dolientes y piadosas
dicen de venturanzas presentidas,
las rosas de Noël, las dulces rosas
del Nazareno al resplandor nacidas.

Y en sus cálices guardan misteriosas
dulzuras, que en las sendas dolorosas,
del corazón perfuman las heridas,
las rosas de Noël, las frescas rosas
del Nazareno al resplandor nacidas.

En sus tonos de suaves palideces
hay frágiles ensueños de lirismo,
que hablan de siderales embriagueces
y éxtasis de arrobado misticismo.

De las inmaculadas candideces
entrañan el glorioso simbolismo,
con sus tonos de castas palideces
y frágiles ensueños de lirismo.

Y al remedar angelicales preces
disipan las humanas lobregueces
del angustiado terrenal abismo,
con sus tonos de suaves palideces
y sus frágiles sueños de lirismo.

SOIRÉE

VESTÍBULO. De búcaros flamantes
brotan dalias purpúreas, blancas lilas
y heliotropos violados. Vacilantes
las nostálgicas flautas sus tranquilas

cadencias desenvuelven. Las vibrantes
voces en el salón, de las sibilas
los acentos semejan. Los diamantes
son cráteres de luz. Por las pupilas

yerran almas de estrellas. Las ojeras
su crepúsculo extienden en la albura
de los rostros intensa. Enjoyelada

la alegría llega. Bullen mis quimeras,
y cual la flor al astro que fulgura
tórnanse á la memoria de mi amada.

BUDOIR

ALCOBA. En los tapices, el ramaje
sobre malva entreabre blancas rosas
con un tinte enfermizo. Un oleaje
de blondas cae del lecho. Temblorosas

parpadean las joyas. El paisaje
de un biombo irradia luces misteriosas
de crepúsculo pálido. Salvaje
y voluptuoso olor de resinosas

maderas esculpidas. Grave escudo
labrado en la cornisa. Espesa alfombra
ahoga las pisadas. En la incierta

penumbra de la tarde, yace mudo
el fastuoso budoir, donde la sombra
va envolviendo el recuerdo de la muerta!...

Uhrbach.

PARA UNAS RIMAS

De estas rimas la musa, á las panteras
pidió sus pavorosas seducciones,
y es coro de sus épicas canciones
el huracán rugiendo en las palmeras.

Olímpica se arroja entre banderas
y enardece los bravos corazones,
que alientan ansiedades de leones
cuando la sangre inunda las praderas,

á los encantos femeniles sorda,
en centellantes cláusulas desborda
intrépidas audacias de lirismo;

y forja el verso del tirano azote,
con la célica fe de un sacerdote
que oficia en el altar del patriotismo.

Á LA MUSA DE "LIRA Y ESPADA"

BURILANDO una efigie, inmortaliza;
y arrogante en sus trágicas bellezas,
ilumina inspirada las cabezas
á quienes la victoria diviniza.

Su patriota ideal la fanatiza;
y ansiosa de magnánimas proezas,
entre las melancólicas malezas
para ver los guerreros, se desliza.

Es la novia de todos los titanes:
sus ídolos son viejos capitanes,
su predilecta hermana la bravura;

y radiante en sus cantos aparece,
como una espada invicta resplandece
reflejando de un héroe la hermosura.

DE LO MÁS ÍNTIMO

Mis rimas han surgido cuando escucho
voces en la alta noche dolorosas,
que le traen á mi espíritu el recuerdo
en la cadencia dulce de sus notas.

Jamás por mis estrofas ha cruzado
la ráfaga sutil de una alegría.
Como flores brotaron en mi alma
que antes de abrir el cáliz se marchitan.

No he visto sonreir á las visiones
que en mis insomnios tétricos me asaltan.
Han vertido en mis lúgubres delirios
inagotable profusión de lágrimas!

Aislado con mis sueños he vivido
riendo de mi ilusión anacoreta.
Y sumido en celestes beatitudes
he logrado alejarme de la tierra.

En mis dolientes horas ha rondado
mi frío lecho la imagen de la Muerte.
Ella ha sido de todas mis quimeras
la única desposada consecuente!

La he llamado febril porque su boca,
joyel purpúreo de entumidos besos,
no es roja flor de pétalos eróticos
ni perfuma diabólicos deseos.

Mas ya que en mi sendero se interpone,
ideal que ofrece bienhechor arrimo;
párome sin rendir la última etapa,
mi tienda alzando en medio del camino.

DE CARNAVAL

La musa me pide, en rosa
un canto para su traje
de carnaval, que un encaje
será de rimas; mimosa

me acaricia cariñosa
simulando un homenaje
á mi verso, y el ropaje
muéstrame de milagrosa;

que un milagro simboliza
poder en galante liza
ganar al amor su aljaba;

y su traje diera celos
por el brillo de sus vuelos
al de la reina de Saba.

El traje de rimas, rima
con el rostro sonriente
de la musa, que en la frente
lleva del verso la cima,

y en los ojos—negra sima—
brinda una sátira, fuente
del epigrama riente
que punza al tiempo que mima.

Luce en los labios las mieles
del madrigal, y rondeles
en las mejillas que alegra

el rubor de la victoria
y á su ruego, triste gloria,
le prendo una rima negra.

MUSA LOCA

MUSA, presto; ya se inicia
en un vuelo de inquietudes,
la funámbula caricia
de las locas multitudes.
        Presto, musa,
que en la tarde, ya confusa
va rodando la ola humana,
de placeres hoy profusa,
melancólica mañana.
        Nada importa
que semeje el torbellino
llamarada del ocaso
en el símbolo; es tan corta
la alborada, tan mezquino,
tan incierto es el acaso,
        que es más cuerdo
depurar el breve instante
        del presente,

que sumirse en el recuerdo
ó soñar en el distante
porvenir confusamente.
Musa, vuela
y aprisiona para un canto
de la trágica novela
en que sólo viertes llanto,
la sonora y dulce gama
de la risa,
que en la tarde se derrama
y errar trémula reclama
en el ala de la brisa.
Musa, mira; la cadena
de la inquieta muchedumbre
va forjando de su pena
eslabón que la deslumbre;
y el ensueño, que engañoso
finge el triunfo fabuloso
que persigue la locura
de romper el misterioso
eslabón de la amargura.
No te inquiete, musa mía,
el fugaz deslumbramiento
de la escala de alegría
que se extingue en un lamento.
Como el viento
sé intranquila, sé voluble,
sé impaciente, sé ligera,
sin que anuble
la tristeza tu carrera.
De la tarde turbadora
fija el cuadro en tu pupila,
que su luz, reveladora
podrá ser de nueva aurora

en la tarde que vacila.
Fija el tono deslumbrante,
fija el brillo de la errante
caravana,
que semeja la ambulante
confusión agonizante
de la triste tribu humana.
Copia un signo, pinta un trozo,
fija un tinte, graba un gesto,
que perdure el alborozo,
que eternice lo supuesto.
De la tarde en el celaje
como tenues floraciones,
van prendiéndose al encaje
pálidas constelaciones.
Y en la incierta
nebulosa que simula
de la turba el oleaje,
Venus finge dulce oferta,
Sagitario la estimula
y la Espiga enflora un traje;
Ceres, Venus, Sagitarios
de fugaces resplandores,
que remedan fragmentarios
oros, piedras, sedas, flores..
Musa, vivo; tu mirada
escudriñe indagadora,
si la alegre carcajada
no es de llanto delatora.
Tu mirada, musa, viva
de la tarde el alma guarde,
que se escapa fugitiva
en el ala de la tarde;
y engañosas

prenden chispas misteriosas,
luz de trágicos ocasos
en el raso de las rosas
y en el rosa de los rasos...
Torna, musa,
que en la tarde ya difusa
va rodando la ola humana,
melancólica y confusa
ante el mísero mañana.

GIRO DE LUZ

Las romancescas damas medioevales
perdidas en sus pálidos amores,
orando por los muertos trovadores
en las tristes y adustas catedrales;

Las madonas de rostros ideales
nimbadas por celestes resplandores,
que arrojan sus perfiles soñadores
en los mágicos lienzos inmortales;

El ramo de nevadas azucenas
que escucha solitario en la terraza
la trémula salmodia de la esquila;

No rasgan el sudario de mis penas,
como el giro de luz, que el amor traza
constelando su fúlgida pupila.

LAMPO

Si mi alma es como un ánfora de hastío
¿á qué brindarme con tu dulce entrega
que me encadena á la mundana brega
cuando el reposo ultraterrestre ansío?

De tu amoroso empeño desconfío;
más que apacible claridad que anega,
es llamarada fúlgida que ciega
y se extingue en su propio desvarío.

Desatemos el lazo vacilante
que aduna mi tristeza á tu idealismo,
que tu dulce visión consoladora

se refleja en mi vida un solo instante,
como, sin dejar huella, en un abismo
el resplandor rosado de una aurora.

NOTA ROMÁNTICA

I

En la alcoba, el endeble enfermito
de fiebre se abrasa,
mientras vibra en la calle el allegro
que el éter desgarra.

Un ensueño ha cruzado la mente
del pobre enfermito,
y en sus ojos profundos, fulguran
destellos vivísimos.

El amable Saint Claus, sonriente
y pródigo cruza,
semejante á un fantasma forjado
con rayos de luna.

Delirante el endeble enfermito
se sienta en el lecho,
y al pierrot que le brinda el fantasma
saluda con besos.

II

En la alcoba el abuelo solloza
velando, velando...
junto á un blanco pierrot que parece
llorar á su lado.

Ya el ensueño no cruza la mente
del pobre enfermito,
ni en sus ojos profundos, fulguran
destellos vivísimos.

El amable Saint Claus, melancólico
y triste se oculta,
semejante á un fantasma que fuera
el dios de las tumbas.

Sonriente, el endeble enfermito
reposa en el lecho,
y el pierrot á su lado, parece
que eleva sus rezos.

III

En la alcoba, entre cirios, muy pálido
el niño descansa,
mientras vibra en la calle el allegro
que el éter desgarra.

DE LA TRAGEDIA

I

El monarca lo manda!—le dicen
al pobre muchacho,
cuando inflama la nieve un destello
del sol del ocaso.

El monarca lo manda; es preciso
marchar á Siberia,
á llorar, mientras miren absortas
las blancas estrellas.

Es preciso...! la madre y la amada,
sollozan, sollozan...
marchará cuando rasgue la bruma
la luz de la aurora.

Ya jamás lo verán, sonriente
dejar su capote,
y arrimarse á la lumbre, narrando
sus sueños de amores.

II

El monarca lo manda !—impacientes
rondando murmuran,
cuando deja en la escarcha un destello
la pálida luna.

El monarca lo manda, y el siervo
no irá á la Siberia,
ni verán sus pesares absortas
las blancas estrellas.

En la sombra dibuja su encaje
de piedra la torre,
que en la oscura calleja recorta
medrosas visiones.

En la nieve, una mancha de sangre
de tonos extraños,
y en la sangre, espirando en un beso
amada y amado.

En el cielo, la luna semeja
con su arco de plata,
hoz que hiriera la flor de la vida
de amado y amada.

III

El monarca lo manda !—La madre
murmura llorando,
cuando inflama la nieve un destello
del sol del ocaso.

EL SUEÑO

MEDIA noche. Los astros languidecen
en el sutil encaje de la bruma,
y del remanso oculto, entre la espuma
las flores, embriagadas, se adormecen.

Los árboles, rendidos, desfallecen,
entre las sombras su perfil se esfuma,
y en su alcoba de pétalos y pluma
las gotas del rocío se estremecen.

Vago rumor suspira voluptuoso
remedando las quejas de un salterio,
su veste azul la atmósfera reviste,

y al cuchichear del bosque perezoso,
arropado en las ondas del misterio
el sueño surge silencioso y triste.

A UN ZOILO

A veces me figuro un peregrino
por extrañas regiones extraviado,
que va por sus pesares impulsado
ó triste se abandona á su destino.

Mas siendo rudo obstáculo al camino
tu saña intensa de juglar airado,
júzgome altivo paladín cruzado
y no sucumbo á golpes de asesino!

Divisando mis bellos ideales
poblar el horizonte cual fanales,
desdeño tus coléricos enojos;

y prosigo impertérrito mi senda,
alzando, para ver en la contienda,
los párpados heridos de mis ojos.

FLOR DE INSOMNIO

En la noche, yerran
visiones efímeras,
siniestros presagios,
alucinaciones y ansias infinitas.
En las noches, volando errabundas
como anhelos de glorias perdidas,
van las misteriosas
nubes fugitivas,
de la blanca luna
van las claridades, las melancolías,
y fulgores de estrellas lejanas,
—explosiones radiosas de chispas—
y extrañas penumbras,
sombras intranquilas,
que imitar parecen
raras transiciones de llantos y risas.
Un rayo de luna
se ha fijado en tu obscura pupila,
y no sé qué remeda, si aleve
la punta de acero que irradia fatídica,

ó si fúlgida, el alma de un alma
que enciende una aurora de ternuras íntimas.
Después... el recuerdo
de tus insondables horas pensativas,
por mi espíritu, envuelto en la duda
errante ha cruzado como una sibila.
He sentido en mis manos, tu mano
temblorosa y fría,
y al mirar en mis ojos tus ojos
te has tornado lívida.
Los fulgores del astro de plata
al fijarse en tu obscura pupila
remedando inciertos, profundos contrastes,
¿Serán, alma mía,
presagios siniestros,
alucinaciones, ó ansias infinitas?
En las noches yerran
las locuras pálidas de la fantasía.

EN LA SOMBRA

En la cita, la amada del bardo,
temblando lo espera,
bajo un arco de luna amarilla
de curva siniestra.

En la sombra, al fulgor de un relámpago
se inflama y chispea,
la pupila de acero taimada
que lívida acecha.

Del amado á los pasos, se escucha
crujir de hojas secas,
y el rumor misterioso y callado
de un labio que besa.

Después, hondo silencio; en el bosque
la sombra es intensa;
se doblegan heridas las ramas
que el cierzo golpea;

y á la trágica luna amarilla
de curva siniestra,
se dibuja indecisa la pálida
visión de Desdémona...

DEL EPITALAMIO

PARA LA SRA. AMPARO SAAVEDRA DE VASSEUR.

Para ti las rosas, alma y perla y rosa
del epitalamio, novia milagrosa,
que al prestigio casto de los azahares,
—bruma, nieve, ensueño, lirios estelares—
unes el prestigio de las persuasiones,
dulce predominio de los corazones.
Para ti las rosas, blanca prometida
para quien sus rosas enfloró la vida;
Para ti las rosas, las espirituales
amorosas rosas de los esponsales,
y las alabanzas, y las encomiendas
de idilios eternos y apacibles sendas.
Desde los sitiales del sagrado coro
hasta el luminoso trémolo de oro
del ara, á tu paso la gloriosa nave
invadió el influjo misterioso y suave
de tu inmaculada gracia femenina,
influjo que aroma, gracia que ilumina;

y tras la silente magia de tu huella,
que marcó un difuso resplandor de estrella,
el brote de salmos y de aclamaciones,
flor del predominio de los corazones,
sobre los jazmines albos de tu frente
prendió sus rubores amorosamente.
La inconsútil gala de nevados velos,
símbolo y escala de soñados cielos,
cobra en la pureza de tu gentileza
la delicadeza de lilial pureza,
que en la perfumada crencha de tus rizos
urde y eslabona cándidos hechizos.
Su fragante albura te dió el limonero
para ungir los sueños de tu caballero;
mago caballero que feliz comparte
tu amor de lucero y el amor del arte,
llevando glorioso los timbres preclaros
de los nomeolvides de tus ojos claros,
y una primavera de alma florecida
con las frescas rosas que te dió la vida.
Ya la dicha es tuya, tierna desposada,
ya la indagadora luz de tu mirada
interroga el vuelo de alucinaciones
que en el alma tienden las anunciaciones,
y como celeste malla que aprisiona,
vela tus ensueños de gentil madona
con una dulzura de melancolía
la dorada bruma de la Epifanía...

EN EL ARA

PATRIA adorada, mudo y turbado llego á la cita
donde el influjo de tus amores me solicita,
rindiendo el alma de tus reclamos al dulce empeño,
y absorta el alma se inflama al brote de la infinita
lumbre de gloria que conquistara tu heroico ensueño.

Patria adorada, llego á la cita, donde el ensueño
forja la malla maravillosa con que aprisiona
todo el proceso breve y glorioso de tu leyenda,
donde la aurora de luces trágicas se eslabona
á los ocasos deslumbradores de la contienda.

De los fugaces deslumbramientos de la contienda
guardo en el alma con el recuerdo de tus amores
la amarga historia de otro recuerdo que me reclama,
y simboliza la florescencia de mis dolores
en la hosca brega que fué sellando sangriento el drama.

Patria, cumplidas las rudas pruebas que impuso el drama,
no el sedimento torvo y doliente de mi tristeza
perturbe el brote de tu naciente gloria infinita,
que, sacerdote de los oficios de tu grandeza,
Patria adorada, turbado y mudo llego á la cita.

EL PROCESO

(18...—1902)

Fué, en su aurora, un tropel de aspiraciones
iniciando la heroica rebeldía;
como hálito inefable que emergía
de puros y exaltados corazones.

Después... fueron las épicas legiones
cubriendo la escarpada serranía,
y el idilio trocado en elegía
rimada por la voz de los cañones.

Luego... tras el horror de la pelea,
un sol de gloria que la sangre orea
al calor fecundante de su rayo;

y por eflorescencias misteriosas,
todos los Mayos deshojando rosas
á la rosa simbólica de un Mayo.

DE LA GUERRA

1896-1897

Adiós, mi novia; en tu linda
pálida frente de musa,
te dejo en un beso casto
que ilumina y que perfuma,
la falanje de mis sueños
y mis primeras angustias,
las que en el alma se enfloran
como adelfas prematuras
cuando el tropel de mis lágrimas
tu amarga ausencia me anuncia,
tu ausencia á lejanos climas,
á la región de las brumas.
Adiós, parte, y el recuerdo
de la patria, que en la ruda
lid que entabla por ser grande
heroica y rebelde lucha,
siga inspirando tus cantos,
tus aspiraciones únicas.

Vé, sin que anublen tu linda
pálida frente de musa,
crepúsculos tenebrosos
de anocheceres que ocultan
promesas desvanecidas,
sombras de dichas difuntas,
que si en mitad de la senda
nos hiere la muerte, súbita,
tu alma vendrá con la mía
ó mi alma irá con la tuya!

Así dice el caballero,
así habla el bardo á la musa
que parte á lejanos climas,
á la región de las brumas,
creyendo tornar en breve
junto á su amado y ser suya,
por un sueño venturoso
que en su espíritu perdura
alentándolo en la ausencia,
y mientras la nave surca
en pos de extranjeras playas
y de regiones de brumas
el viejo oceano insondable
que se corona de espuma,
el sol de la tarde, muere
en su cabecita bruna,
inclina sobre la borda
su linda frente de musa,
y llena de miedos vagos
y de tristezas profundas,
va deshojando las flores
de las primeras angustias.

En tanto, melancolías
acerbas, al bardo abruman,
dolorosas inquietudes
el corazón le torturan,
y los recuerdos fugaces
de las pasadas venturas
desfilan en caravanas
que pasan y se sepultan,
como errabundas y tristes
sombras de dichas difuntas.
Entonces, un loco ensueño
que en su alma tiembla y se oculta,
surge, crece, se agiganta,
como una estrella fulgura,
y se inflama entre las flores
de las primeras angustias.
Es grande su ensueño, el bardo
morir por la patria jura,
ó retornar victorioso
con el lauro del que triunfa
en las trágicas arenas
de las inmortales luchas,
que junto á los lauros líricos
de su cabecita bruna,
pondrá gozoso en la pálida
linda frente de su musa.

Allá, en los lejanos climas,
en la región de las brumas,
pensativa languidece
como rosa moribunda
que se doblega, la amada
de la cabecita bruna;

la nostalgia abrumadora,
el ansia de las ternuras
del bardo ausente, la sumen
en extática amargura,
y en mitad de la jornada
la hiere la muerte, súbita,
semejando al apagarse
un crepúsculo de luna...
Yace entre azucenas blancas
y lirios de nieve, mustia,
como una perla, su frente
pálida de joven musa,
y en las pupilas que velan
tintes de vagas penumbras,
parece surgir de un sueño
el alma en rápida fuga...

El caballero, en la patria,
se apresta á la heroica lucha,
soñando nuevos laureles
que en la cabecita bruna
de su adorada, temblando
de pasión y de ventura
pondrá, que borren las huellas
de las primeras angustias;
y la infausta nueva hiere
con rudeza que lo abruma,
el alma de sus ensueños,
de sus ilusiones últimas.
Ahora, sólo una esperanza,
sólo un anhelo lo impulsa:
que la muerte, compasiva,
lo lleve junto á su musa;

y en la trágica contienda,
en la lid que lo subyuga,
acomete, diezma, azota
con insólita bravura;
en las huestes enemigas
siembra la muerte que busca;
vibra implacable su acero
indómito, que fulgura
como asolador relámpago
que extermina y que deslumbra;
que si da tregua á su duelo,
á las tristezas profundas
en que agoniza... no puede,
no puede con su amargura.
A veces, un melancólico
pensamiento su alma cruza;
volar á lejanos climas,
á la solitaria tumba
donde reposa la pálida
linda frente de su musa,
para arrancar sus despojos
á la región de las brumas
y llevarlos á la patria
que heroica y rebelde lucha,
la que inspirara sus cantos,
sus aspiraciones únicas!

Bajo el oro del crepúsculo
que trágicamente alumbra
la ceja del agrio monte
que secciona la llanura,
y á la vera del sendero
medroso que se bifurca

buscando seguro asilo
entre las breñas hirsutas,
detiénese el caballero
con los bravos que en la lucha
con él recorren heroicos
la calle de la amargura,
y transido y moribundo
les habla por la vez última,
invocando compasivo
el recuerdo de la musa,
que llena con su quimera
y su irradiación de luna
todo el oro del crepúsculo,
todo el monte y la llanura.
Después, piadoso silencio
que sólo tétrico turba
el horadar sigiloso
de los que cavan la tumba,
y el sordo fúnebre golpe
del cuerpo que se sepulta;
y mientras del caballero
ruedan á la sepultura
con los humanos despojos
las ansias y las angustias,
de las pupilas que velan
tintes de vagas penumbras,
parece surgir de un sueño
el alma en rápida fuga...

POR LOS MUERTOS

Cuando sonó el clarín, los corazones
inflamó el rayo de los triunfos épicos,
y al reclamo insinuante de la guerra
se agitó convulsivo todo un pueblo.

Más tarde, compasiva, la campana
anunciando la paz, calmó el estruendo,
y de los corazones desbordóse
inmenso llanto por los pobres muertos.

Hoy que truena el cañón de la República
uniéndose al glorioso clamoreo
del júbilo supremo, el entusiasmo
lleva los corazones hasta el vértigo.

Y entre la multitud ebria de gozo,
prosigo melancólico el sendero,
mientras mi corazón pródigo vierte
inmenso llanto por los pobres muertos.

LA VISIÓN DE LAS CIMAS

A ENRIQUE JOSE VARONA.

¿Pesará un sortilegio en la raza latina
que al suicidio la empuja, al dolor y á la ruina?
MANUEL S. PICHARDO.

I

Cuba, ¡cuán fosca y trágica audaz la rebelión
de las revoluciones te arroja en el turbión!

Y ante la brusca incógnita de la nefasta guerra,
¡como suspenso el ánimo se interroga y aterra!

II

Torna los ojos, Patria; revive en tu memoria
la página reciente de tu horror y tu gloria,

y los sagrados manes de tus estoicos hijos
para domar tus cóleras transforma en crucifijos.

Aún el recuerdo vaga de la épica contienda
que consteló de huesos la vera de la senda,

por reivindicadoras brisas primaverales
trocada en acerados y díscolos jarales.

Aún á raudales vierten los ojos inextintos
las lágrimas que ungieran los fúnebres recintos,

donde al reclamo enérgico de glorias y clarines
cayeron en la liza tus bravos paladines.

De tus austeras huestes altivos los aceros
aún trazan la parábola que fulminó los fueros

de legendaria estirpe de opresión legendaria,
para fijar tu estrella, gloriosa y solitaria.

Aún en la inmensa púrpura de las patricias venas
tíñense tus fecundas tierras de sangre llenas;

tus milagrosas tierras que á los conquistadores
en la paz dieron rosas y en la tragedia horrores.

En ásperos breñales aún reclaman piadosas
lágrimas y oraciones tus innúmeras fosas.

Y aún de la brega heroica que fecundó tu empeño
perdura la radiosa realización de un sueño.

III

Patria, Patria, reacciona! No el bárbaro atavismo
que engendra el delirante vértigo del abismo

cumpla en ti su nefando y horrible sortilegio:
del salvador dominio sea tuyo el privilegio:

No las desolaciones, no el espanto y la ruina
¡herencia que deprime nuestra raza latina!

Y estremece las tierras del pródigo Almirante
del Magdalena al Plata, en convulsión gigante.

Tras el furor insólito de la sangrienta brega
que de tus tristes hijos en flor la vida siega.

¿De quién el triunfo íntimo? ¿Quién vence? Nunca olvides
que es baldón la victoria en las internas lides,

y artera y alevosa, la lucha fratricida
quita, de un solo tajo, con el honor la vida.

¿A qué la audaz demencia de un súbito exterminio
si es dable el noble ejemplo de un alto predominio?

¿A qué vengar reveses en trágica palestra
que inviste á la justicia de una expresión siniestra,

si en el hogar fraterno puede aunar la justicia
inflexibilidades á un algo de caricia?

Da muestras de vigores en simientes de ideas,
ni en cristalizaciones de estériles peleas.

Sal de la sombra al alba, converge la pupila
al hierro que fecunda, no al hierro que mutila.

Ceda el clamor funesto de las imprecaciones
á las solicitudes de heridos corazones.

No es el morboso germen de las hostilidades
la senda más segura de las felicidades.

Para que tus miserias tiránicas redimas
ante tus ojos fija la visión de las cimas.

¿Qué pueden los rencores de sórdidos regazos
más que el influjo mágico de enternecidos brazos?

¿Acaso no se rinden el odio y el acero
á la piedad de un pecho de amores misionero?

Hasta cuándo la furia? Hasta cuándo la alarma?
Los hermanos, ¿qué aguardan para abatir el arma?

IV

Hay como dulces súplicas, hay como bendiciones,
hay como un leve vuelo de gracia y de oraciones...

Basta, Patria, detente, que voces iniciales
de paz, llegan en alas de voces paternales...

¡Y es el remo del águila, es la sajona raza
quien el rencor redime, quien el odio amordaza,

y quien la herida aleve que á la piedad se infringe
con bálsamo inefable de perdones restringe!

¿Te sumirá el enigma, taimado y encubierto
en las sinuosidades de un porvenir incierto?

El horizonte pueblan visiones de banderas
blancas, que simbolizan piadosas mensajeras,

que si un esbozo asoma de pérfida acechanza
es obra de avatares, no es obra de venganza,

y arrostran los peligros de la acechanza, unánimes,
azores y palomas, bravos y pusilánimes.

El Nemrod de la América, su gran cuerno de caza
—hecho á las inflexiones del reto y la amenaza—

toma en sus férreas manos, y ¡oh Libertad! modula
una voz tan magnánima, que más que herir, adula:

Tal su vigor domeña, tal su pujanza doma
para cebar con mieles la tímida paloma.

La voz de Sam, gigante, es eco de dulzura
que habla de mansedumbre, de vida y de ternura

y pone en nuestras almas, vidente y redentor,
una luz de enseñanza y un perfume de amor.

LA PÁLIDA LEYENDA DE LA TARDE

LA PÁLIDA LEYENDA DE LA TARDE

De las crepusculares
comarcas que en la niebla
dorada del ensueño
recorre mi tristeza,
sé de las misteriosas
y ensombrecidas sendas,
donde los lauredales
de eterna primavera
frescor dan á las rosas
de floración eterna;
y sé de las silentes
arcadas de la selva
que dan sombra á las rutas
que á las tebaidas llevan,
donde el batir del ala
del viento en las adelfas,
refiere de la tarde
la pálida leyenda.

De las maravillosas
comarcas que en la niebla
dorada del ensueño
visitan mis quimeras,

sé de las encantadas
penumbras que semejan
retiros perfumados
de blancas Citereas,
y sé de los recintos
donde las entreabiertas
corolas de los sueños
fecundan las praderas
con gérmenes vitales
de líricos poemas;
recintos que á las almas
adoloridas muestran,
como alma de la tarde
la flor de la leyenda.

En las espirituales
comarcas que en la niebla
dorada del ensueño
mis abstracciones pueblan,
perfuman como lirios
y brillan como estrellas
las redes que á la vida
mi espíritu encadenan...
Fugaces espejismos
de glorias y promesas,
incomprensibles ansias
de incomprensibles huellas,
de ardientes corazones
regueros de purezas,
formulan el infolio
de prodigiosos temas,
que dicen de la tarde
la pálida leyenda...

LOS FUNERALES DEL SOL

A LUIS RODRIGUEZ EMBIL.

En las tardes que mueren, las nubes,
errabundas y tristes, desgranan
el collar de sus tonos de oro
en los funerales del regio monarca.

Van dolientes como aves heridas
donde van los sueños, donde van las ansias,
á perderse en la sima brillante
de un vívido ocaso que dora su marcha.

Todas van, mensajeras del éter
que al hundirse llevan prendido en las alas
el girón de un recuerdo, una gloria,
ó de una promesa la dulce esperanza.

Todas van dibujando al perderse
magas heroínas de historias románticas,
amadas creaciones de extraños poetas,
novias pensativas, y áureas castellanas.

Eleonora, la casta, la tímida,
pasa, y en las redes de sus trenzas pálidas,
aún parece que lleva de Pöe
preso un beso tibio, presa una mirada.

Y la amada y gentil veronesa
cruza luego envuelta con tocas nevadas,
esperando inquieta que la alondra trine
ó esperando ansiosa que penda la escala.

Allá va Margarita, en el cuello
los diamantes sus luces irradian,
va siguiendo la sombra de Fausto
y á sus plantas Siebel sus flores derrama.

Después cruza Matilde, en sus ojos
lleva los ocasos de la Tierra Santa,
resplandores que vió en las pupilas
de su amado, en las tardes de Arabia.

Y María, la tierna, la dulce
que soñó en las noches azules del Cauca,
con el ave negra, llena de temores,
llena de alegrías, con las rosas blancas.

Oh, Beatriz! Allá va, el paraíso
de su Dante, aromado la aguarda,
del poniente en los senos recónditos
donde el sol herido temblando se inflama.

Ahora Helena, adormida en el éxtasis
de la gloria que tenue abrillanta,
con fulgores de luces astrales
sus clásicas líneas de diosa pagana.

Y después las musas, las que vió la Grecia
del Himeto florido en la falda,
atraviesan el cielo, sumidas
en sueños amargos de tristes nostalgias.

Del azul, los guerreros, sostienen
el palio soberbio que cubre al monarca,
y los cirios incendian triunfantes
con brillos extraños sus cascos de plata.

Todos van, todos lloran la muerte
del rey que en regueros de lumbre se apaga,
y aparecen las blancas estrellas
enflorando el éter de lívidas lágrimas.

Oh, la noche! las torres se quiebran,
en el occidente las falanjes pasan...
y al morir los destellos del día
diafaniza el ensueño las almas.

Uhrbach.

VISIÓN CREPUSCULAR

TODA LA melancolía
de la tarde, toda la
tristeza de la elegía
crepuscular, fija está

en el celaje, alma mía,
de tu pupila, que va
rimando la lejanía
á tu ensueño. Volverá

tu espíritu á refugiarse
en mi alma, para abismarse
pleno, en la consagración

que nuestras vidas aduna
y prende un rayo de luna
del azul de tu visión.

En la sideral turquesa
de tu pupila, el moaré
del ocaso, deja impresa
como una flama; no sé

definir si tu alma opresa
en la viva flama, esté
formulando una promesa
ó vagando en lo que fué.

Un algo de floraciones
finge en las irisaciones
de tus ojos la ilusión,

que prende acariciadora
como un resplandor de aurora
del azul de tu visión.

Flor de luna fugitiva
ó roja flor vesperal,
que enflora un punto cautiva
tu pupila sideral,

con trémula lumbre aviva
tu semblante de misal,
dando á tu faz sensitiva
un brote sentimental.

Flor de luna ó de poniente,
inicia una sonriente
alba de resurrección

en tu alma, y á sus destellos,
el alma eslabono en ellos
al azul de tu visión.

MARINA

Tienen algo tan triste los crepúsculos
cuando agoniza el sol en alta mar,
que su muerte semeja la de un alma
sumida en dolorosa soledad.

Del alto parapeto de la torre
que reta ruda al fiero vendaval,
como gigante inmoble acostumbrado
á ser de aquellas playas el guardián;

Piérdense en el ocaso mis miradas,
pájaros anhelantes de vagar
meciéndose en el tumbo de las olas,
surcando la insondable inmensidad.

Y buscan á lo lejos, en los rastros
que deja el sol que muere en alta mar,
una línea de tierra, como un sueño
que anime la espantosa soledad.

PENSAMIENTO DE OCASO

LA TARDE, lívida princesa,
del Sol eterna enamorada,
doliente cuelga en el ocaso
el atavío de sus gasas.

Con miedos vagos, pensativa,
tras el pinar, en lontananza,
se hunde en las sombras donde fueron
los funerales del monarca.

Sus luces tristes, las postreras,
tejen sus redes en la arcada,
con tintes lánguidos de cirios
y resplandores de miradas.

Gimen perdidas en el bosque
las hojas secas su balada,
como suspiros de la selva
en las penumbras perfumadas.

Tiemblan las flores de los tilos
que besan, tímidas, las auras
y se deshojan de tristeza
las moribundas rosas blancas.

Vibra en las ondas del misterio
batir de pétalos y alas,
rumor de nidos y temblores
de mariposas en las ramas.

La casta novia del Ensueño,
la luna, perla solitaria,
surge en los velos de la bruma
como una tierna desposada.

Las vaguedades de su lumbre
tiende en los lirios que la aguardan
y alzan sus búcaros de nieve
para besar su frente pálida.

Flota en las almas la agonía
de los crepúsculos, y estallan
todas las lágrimas opresas,
todas las fiebres de las ansias.

Amada, entorna esos tus ojos
nidos de incógnitas nostalgias,
anhelo ver en tus pupilas
cómo anochecen tus miradas.

Amada, esparce tus cabellos
y que en tu frente inmaculada,
cuelguen los rayos de la luna
sus melancólicas guirnaldas.

Amada, inclina tu cabeza
de joven diosa enamorada,
con la indolencia que adormece
las moribundas rosas blancas.

Descoge el velo de los sueños,
y fugitivas nuestras almas
vuelen errantes en las nieblas
del blanco imperio de las hadas...

La noche avanza, en el ocaso
la tarde pálida, muy pálida,
enflora en lágrimas y estrellas
el atavío de sus gasas.

MELANCOLÍA

A RAMIRO HERNANDEZ PORTELA.

CREPÚSCULO. En el lívido paisaje
la mortecina luz filtra las grietas
de las errantes nubes. El celaje
sangra, al clavar sus últimas saetas

El sol agonizante. En el encaje
de piedra, que recortan las siluetas
de las lejanas torres, un mensaje
cuelgan los melancólicos poetas.

¡Oh, la mortal tristeza, blanca novia
de las almas, que tímidas, agobia!
¡Oh, las castas promesas fugitivas!

Los ensueños se alejan errabundos
y surgen los recuerdos moribundos
de las pálidas tardes pensativas.

EL CANTO DE LA TARDE

A OSVALDO BAZIL.

CANTO de la tarde, canto del ocaso,
canto del poniente,
que en las soñadoras alas de Pegaso
yerras y discurres armoniosamente.

Canto de la tarde, de la pensativa
de los desalientos triste inspiradora,
que á las almas dices de la fugitiva
vida del minuto, del siglo y la hora.

Sabia es tu tristeza
canto vespertino,
que es de tu tristeza la suave belleza
como dulce influjo de amoroso vino.

Vino que la herida baña y cicatriza
de las amarguras
que rozan la vida, y espiritualiza
la sangre que mana de las rozaduras.

Nace, crece, vibra, vuela y se dilata
tu errante armonía, y al desvanecerse
desgrana las perlas de la serenata
que el dolor implora para adormecerse.

Tuyos son los oros, tuya la amatista,
tuyos los topacios:
y de esos tus oros la maga conquista
no opone barreras, ni mares, ni espacios.

Que logra el ensueño
con las altivcces de su poderío,
ser de tus dominios invasor y dueño
deshojando en ellos sus flores de hastío.

Tus trémulas liras,
tus mágicas flautas,
modulan acordes piadosas mentiras
en la etérea gama de engañosas pautas

Que sobre el esmalte del rosado cielo
tienden temblorosos alambres de oro,
donde prende el ala, que fatiga el vuelo,
de las golondrinas un ritmo sonoro.

Calmas y apaciguas
la grave salmodia de tus misereres,
con las historiadas vidrieras antiguas
que van diluyendo los atardeceres,

Donde el alma, avara de consolaciones,
fantasmagoriza lo que nunca alcanza,
prestando al celaje las coloraciones
de una milagrosa rosa de esperanza.

Tus melancolías
son las precursoras
de esas ansiedades de las lejanías
que la senda alargan desconsoladoras,

Y arduas y complejas,
tus melancolías son las iniciales
de esas abstracciones que las cosas viejas
reaniman y visten de fastuosos briales.

Tu clarín celeste fija el compasivo
instante de tregua, momento de pausa,
que enflora esas dulces ansias sin motivo
y esas languideces que no tienen causa.

Paz de alma ó zozobra de los corazones
¡ qué intenso el lenguaje de tus soledades !
¡ cómo al iniciarse tus revelaciones
tiemblan sorprendidas las virginidades !

Claro, frágil, diáfano, cristalino canto,
tu encanto es prodigio que hiere y restaña;
con tus inflexiones provocas el llanto
para suspenderlo preso en la pestaña.

Y á través del llanto forja la quimera
que enclaustrada anima nuestro mundo interno,
los florecimientos de una primavera
en las arideces de un pálido invierno.

Canto de la tarde, canto del ocaso,
canto del poniente
que en las soñadoras alas de Pegaso
yerras y discurres armoniosamente,

Sabia es tu tristeza
canto vespertino,
que es de tu tristeza la suave belleza
como dulce influjo de amoroso vino.

CONSTELACIONES

HOMERO

A JULIO FLÓREZ.

Un gigantesco cíclope simula
cuya espalda no encorvan las edades,
y aún su lira de bronce á las deidades
con sus estrofas clásicas adula.

El regio canto que épica modula
estremece las ruinas de ciudades
muertas, ó en las celestes soledades
á los dioses proscriptos estimula.

Supremo forjador de eterna joya,
émulo poderoso de vestiglos,
yérguese excelso en inmortales bregas.

Y el resplandor magnífico de Troya
apagóse en la bruma de los siglos
cuando aún refulgen sus pupilas ciegas!

BYRON

Nació de heroica estirpe ese poeta
de bruna cabellera ensortijada,
brillando su pupila constelada
como un rayo que filtra una faceta.

Fué su musa tan triste, que interpreta
la desdicha de un alma desolada
ó la expresión que anima la mirada
cuando rueda vencido, de un atleta.

Del tumultuoso hervor de sus pasiones
huyeron, como tímidos alciones,
sonoras rimas de vibrantes ecos;

Y trazóle su horrenda desventura
hosca senda de tétrica amargura
donde halló sólo corazones secos.

SALAMMBÓ

En el palacio de Megara, sobre
la marmórea terraza que domina
el golfo que Tanit álabastrina
torna en bruñida lámina de cobre;

Aspirando el efluvio de salobre
aura que surca la extensión marina,
y diadema con nimbos de neblina
la árida cumbre de peñasco pobre;

Salammbó envuelta en túnica de gasa,
de un pebetero en la rojiza brasa
quema extasiada la fragante goma,

y al adorar los siderales mitos
ascienden los murmullos de los ritos
en las espiras de sagrado aroma.

RICARDO CORAZÓN DE LEÓN

EN LA hosca brega ruda ancha rodela embraza,
con la siniestra hercúlea de indómito Sansón
blandiendo prepotente la formidable maza
arroja audaz escala al muro del torreón.

Después deshecho el casco, sangrienta la coraza,
la cruz de Godofredo bordada en el blasón,
en la muralla humeante de la vencida plaza
plantó su heroico brazo glorioso pabellón.

Ungiólo la victoria. Magnífico y sañudo
lo vió la fría Selene inútil el escudo,
la cota desgarrada de acero de Milán.

Hendir, hendir, hendir invicta su tizona,
brillar, brillar, brillar su fúlgida corona,
vencer, vencer, vencer diabólico titán.

ZOLA

AL DR. VICENTE A. TOMÁS.

Cayó como los pinos, como los altos pinos,
ó como caen los robles, los formidables robles
que sólo hiende el hacha de los tremendos días
ó quema sólo el fuego de las trágicas noches.

De súbito apagóse como una sacra pira
que se derrumba insólita por sinos del misterio,
ó como los relámpagos de nuevo apocalipsis
que se suceden fúlgidos en un negror siniestro.

Cayó, mas no se extingue, que se agiganta alzándose
de las terrenas vidas al vuelo de las almas,
donde perdura y crece con un fulgor celeste
como de apoteosis, de enseña y de proclama.

Pasó, en los corazones dejando eterna huella
el que fué de los tristes pedestal y corona,
corona cuyos rayos fueron á los humildes
cual mieles, ó cual bálsamos, ó cual tempranas rosas.

Apóstol de justicia, de amores misionero,
del Nazareno tuvo la luminosa gracia
que besa y que redime, que alienta y fortifica
como Jordán inmenso de redentoras aguas.

Fué mármol y fué pétalo, fué acero y fué rocío
en el apostolado de su misión grandiosa:
fué mármol y fué acero irguiéndose ante el déspota
y pétalo y rocío fué en su misericordia.

Es su obra bella obra de pasión y de lágrimas
que se consagra al triunfo soberbio de los hombres,
y á cada nuevo impulso de su fecunda obra
brotaban como chispas, brotaban como soles.

Tuvo de la paloma la mística dulzura
que alivia las torturas de seres infelices,
que cicatriza llagas, que anima y que consuela
¡ rayo de sol bañando las almas de los tristes !

Tuvo del toro el rudo batallar incansable,
paciente en sus empeños, paciente en su tarea,
solícito al reclamo del árido sendero
dejó el germen—la vida—de la ópima cosecha.

Del león tuvo la zarpa, que alzóse amenazante
cuando el error culpable manchaba la justicia,
llevando en su pujanza la acusación profética
y en la pupila el sueño de su figura bíblica.

Grande, con la grandeza que viste la coraza
impenetrable y ruda á la humana miseria,
su espíritu de lirio llevaba el yacimiento
del toro y la paloma, del león y del profeta.

Viene de la leyenda, su paso es el sereno
paso de los videntes y de los elegidos,
y su visión evoca con precisión radiante
el astro melancólico de la visión de un Cristo.

Alma de amor y fuego, trazó á los corazones
la compasiva ruta que á la piedad conduce,
y de los corazones manaba un dulce encanto
como un temblor de auroras ó un soplo de perfumes.

Su acento fué el acento de los iluminados,
fué su bregar continuo de reivindicaciones,
y al eco de su acento brotaba en la conciencia
la rosa que restaña tristezas y dolores.

Su vida fué la vida de las consagraciones,
fué su labor la impróvida labor de un bien ansiado
y hay en su faz un disco de suave mansedumbre
que finge y que recuerda la vida de los santos.

Cayó como los pinos, como los altos pinos
ó como caen los robles, los formidables robles
que hiende sólo el filo de los tremendos días
ó abrasa sólo el hálito de las trágicas noches.

MARTÍ

A MANUEL SANGUILY.

Alma, escuda con la malla prodigiosa de la rima
el dolor y el desaliento que florecen en tu sima
cuando evoca la tristeza la visión de la contienda,
y fecundo rompa el brote vigoroso del ensueño
con la gloria fulgurante del audaz y heroico empeño
y el fugaz deslumbramiento de la trágica leyenda.

Si en la niebla del recuerdo melancólica perdura
desolada la memoria que en un vuelo de amargura
reconstruye la sangrienta florescencia de tu duelo,
no perturbe de tu llanto la corriente inagotable
la salmodia del tributo que se eleva formidable
de la patria, en la piadosa gracia cándida de un vuelo.

Si inextinto el sedimento doloroso de la brega
engañosos espejismos simulando dulce entrega
fingen, alma, á tu miseria formular consolaciones,
rinde al plácido reclamo de sagrada tregua, el triste
cavilar en la tragedia de tus lágrimas, y asiste
con tu lauro al homenaje de exaltar consagraciones.

¡Cuán radiante en la lejana perspectiva del pasado,
como lampo que emergiera de las ondas de un nublado
se destaca luminosa de la pálida penumbra,
la apostólica figura del vidente mensajero
del amor y la justicia, con su rostro de lucero
y el hechizo de su genio que encadena y que deslumbra!

De la gloria á los destellos la romántica silueta
del creyente que adunaba sus lirismos de poeta
con la viva llamarada de sus trágicos lirismos,
resplandece como un astro que las almas ilumina
con el fuego milagroso de su bíblica doctrina,
como un rayo de la aurora diafaniza los abismos.

Soñador de rara estirpe de sublimes soñadores
que persiguen la anhelada redención de los dolores,
heredad fosca y estéril de los seres infelices,
fué su vida inmaculada de fecundas enseñanzas,
en los tristes vencimientos alentar las esperanzas
y en las bregas afanosas restañar las cicatrices.

Prisionero que en la sombra perdió el alba de la vida,
desterrado que en la playa de región desconocida
inició su apostolado domeñando adversidades,
al templar el alma al soplo de rebeldes embriagueces
prendió el sol que disipara las profundas lobregueces
que opusieran á su empeño las humanas tempestades.

Las estancias cadenciosas de sus trémulos poemas
guardan bálsamos y mieles, no los fieros anatemas
forjan lanzas aceradas en la urdimbre de su estrofa,
y en la gama de su verso melancólico y flexible
hay, si hiere, un dulce ruego de perdón indefinible,
y un espíritu doliente y amoroso si apostrofa.

Incansable peregrino de un errante y largo viaje,
fué llevando por las rutas de su audaz peregrinaje
en la alforja de sus sueños su dolor de clima en clima,
su dolor que fué acicate, voz nostálgica de aliento,
al lanzar, transfigurado, su profético lamento
en la breña de la pampa y en la nieve de la cima.

Con su influjo persuasivo de amoroso misionero
anunció la buena nueva prodigando en el sendero
de su gracia luminosa floraciones tempraneras,
y simula en la grandeza de su inmenso simbolismo
un radiante Nazareno de exaltado iluminismo
de un Jordán próvido y nuevo predicando en las riberas.

De su voz al suave encanto de sutiles inflexiones
la piedad acariciaba los heridos corazones
como un trémolo de liras, como un trémolo de auroras,
y el fulgor ultraterrestre que irradió en clarividencias,
fulguró como la estrella que orientaba las conciencias
á las márgenes lustrales de las iras redentoras.

Paladín de una cruzada de gloriosos caballeros
que oficiaron por la patria con la cruz de sus aceros,
ofrecióse en holocausto como símbolo y proclama,
y cayó como una torre que alevoso el rayo asedia,
reflejando en la pupila la visión de la tragedia
y prendiendo un meteoro del zodiaco de la fama.

TERESA MARIANI

MADONA florentina,
que de tu hechizo forjan la cadena
la magia de tu risa cristalina
y tus evocaciones de sirena;
florentina madona,
más que tu hechizo vence y eslabona
tu profunda mirada que ilumina:
que ora fuljan risueños,
ora simulen trágicos enojos,
prenden constelaciones los ensueños
en el cielo toscano de tus ojos.

GABRIELLE RÉJANE

I

ESPIRITUAL y dulce mensajera,
risueña y misteriosa flor de Francia,
que de la gracia traes la primavera
y del lírico ensueño la fragancia;

El alba de tu arribo á la ribera
anúnciala tu gloria en la distancia,
del hechizo piadosa mensajera,
bella y maravillosa flor de Francia;

Y rompe su corola tempranera
el alma en flor que perfumar quisiera
las breves horas de tu breve estancia,
espiritual y dulce mensajera,
risueña y misteriosa flor de Francia.

II

Vierte en los asombrados corazones
el prodigio sutil de tus empeños,
raudal inagotable de emociones
y luminosa irradiación de sueños.

Redime de dolientes abstracciones
la magia de los temas halagüeños
que vierte en los heridos corazones
el prodigio sutil de tus empeños.

Y el germen de fecundas floraciones
que palpita en tus trágicas creaciones,
entraña un infinito de risueños
brotes, que en los sedientos corazones
abre el filtro sutil de tus empeños.

JUANA BORRERO

No hay en su rostro alburas de frío alabastro,
ni la pálida lumbre de un disco puro.
Difúndense en el nácar de sus mejillas,
los tintes melancólicos del crepúsculo.

Ciñen su augusta frente soberbios lauros.
Inmortales conquistas de excelsos triunfos!
Y en su cuello proyectan los crespos bucles
la penumbra azulada de un palio bruno.

En su boca la aurora de la sonrisa
á los arpegios lánguidos del arrullo,
mezcla trémulos iris de suaves perlas
que iluminan sus frescos labios purpúreos.

En las noches azules ritman sus cantos
los acordes melódicos del conjuro,
evocando vibrantes, visiones blancas
con sibilino rito de extraño culto.

Constelan sus pupilas brillos astrales
con resplandores vívidos de carbunclos,
que disipan las brumas de la tristeza
con el poder magnético de su influjo.

EMMA CAMPUZANO

"......Y la tierra, cubierta de flores, se abrió como una concha perfumada para recibir en su seno aquella perla."

SE FUÉ como en un vuelo, se fué como en un leve
vuelo sutil de gracia y de melancolía,
fugaz como un crepúsculo de aurora entre la nieve,
su vida dulce y breve simula una alegría
que vuela dulce y breve.

Como vellón de brumas de cielos otoñales,
como perdido rayo de fugitiva estrella,
como alma embalsamada de cándidos rosales,
sus sueños virginales perdiéronse en la huella
de ensueños virginales.

Del arte por las rutas, sus peregrinaciones
de musa, fecundaron sus sueños de vidente,
y al misterioso influjo de sus consagraciones
prendió constelaciones de lauros en su frente,
prendió constelaciones.

Segada como un lirio, ahogando en la quimera
de giros armoniosos extrañas inquietudes,
rindió la florescencia de hermosa primavera
de la hosca mensajera á las solicitudes
de la hosca mensajera.

De la húmeda pupila, radiante y asombrada,
que reflejara el brillo de la visión fastuosa,
de súbito apagóse la luz de la mirada
tornándose velada por niebla dolorosa,
por siempre ya velada.

De la sonrisa el gesto vivaz y prodigioso,
como el presentimiento de un alba sonriente
que espiritualizara la curva del glorioso
semblante luminoso, plegóse tristemente
tras vuelo luminoso.

De la impecable freñte la curva sonrosada
que celos diera al arco de la risueña aurora,
perdiendo los matices de fúlgida alborada
perdió de la inspirada la lumbre inspiradora,
la magia de inspirada.

De los dorados rizos los mágicos destellos
como fugaces lampos adulan su belleza,
y al irradiar cual nimbo de gloria en sus cabellos,
la muerte sólo en ellos domeña su tristeza
y sólo viven ellos.

Ensueños que en su alma forjasteis el encanto
de sus exaltaciones; promesa no cumplida
de espirituales ansias; floreal brote de acanto
regados por el llanto; decidle que la vida
por ella vierte llanto.

Se fué como en un vuelo, se fué como en un leve
vuelo sutil de gracia y de melancolía,
fugaz como un crepúsculo de aurora entre la nieve,
su vida dulce y breve simula uña alegría
por fugitiva y breve.

JULIÁN DEL CASAL

A ENRIQUE HERNÁNDEZ MIYARES.

Entre dorada bruma luminosa,
fosforescente túnica radiosa
constelada de ardiente pedrería,
emerge su recuerdo del pasado
como un arcángel tétrico, bajado
por la áurea escala que al Ensueño guía
entre dorada bruma luminosa.

Sus excelsas estrofas cinceladas
vuelan como palomas desbandadas
hacia el imperio azul del Idealismo,
y esparcen sus delirios soñadores,
abriéndose en el alma como flores,
el perfume glacial del misticismo
que envuelve sus estrofas cinceladas.

Vibrando melancólicas sus rimas
evocan las visiones de los climas
que pueblan las novicias y los bardos;
y al ritmo de cadencias musicales,
colúmpianse princesas medioevales
como en la espiga los marmóreos nardos,
al vibrar melancólicas sus rimas.

Abandonó su espíritu la humana
terrenal existencia, á que cristiana
piedad prestó balsámico consuelo;
y entre notas de sacras oraciones,
en rápida ascención á las regiones
llegó, donde florece el asfodelo
y finaliza la impureza humana.

Allí lo encantan arrobados goces,
no percibiendo las mundanas voces
que riman cual endechas discordantes
el nostálgico lied de la amargura;
y el tesoro inmortal de su ternura
el Dios munificente entre enervantes
deliquios, bríndale arrobados goces.

MARÍA LUISA CHARTRAND

AMPLIA frente de musa
que ensombrece el laurel, sandalia breve,
crencha que brilla al descender profusa
como un lampo de oro sobre nieve.

Su faz colora el tierno
tinte de la corola tempranera;
es un poniente pálido de invierno
donde agoniza un sol de primavera.

Tiene la gracia ágil
que ilumina el hechizo cual destello,
el misterioso encanto de lo frágil
y el influjo insinuante de lo bello.

Pasan por sus delirios
visiones que deslumbran sus pupilas,
como cruzan por cármenes de lirios
rondas de mariposas intranquilas.

Romancescas y ansiosas
nostálgicas torturas su alma encierra.
Tiene las pesadumbres de las diosas
al goce inaccesible de la tierra.

Hondas melancolías,
voluptuosos letargos del anhelo,
afán de siderales lejanías,
bullen en su profundo desconsuelo.

Refúgiase en la torre
de la Pasión, el trémolo que arranca
en las noches fragantes que recorre
el plectro de marfil su mano blanca.

Sus músicas deslíen
en tropel cadencioso, las simbólicas
tristezas del pesar, con que sonríen
las ausentes amadas melancólicas.

O simulan sonoros,
para el alma que sufre, sus allegros,
estremecidos pájaros canoros
que preludian su endecha en bosques negros.

Brillo esparce de astro
y guarda su mirar filtros sutiles;
una estela de luz deja su rastro
en los brillantes sueños juveniles.

COLÓN

Fuiste un gran soñador pobre Almirante,
forjaste tu ideal con duro acero
mostrando en tus desdichas altanero
poder como de indómito gigante.

Dócil á tu gran sueño dominante,
de la tumba del sud el derrotero
graba audaz tu bajel aventurero
rasgando las espaldas del Atlante.

En colérica mar de bravas ondas
persiguiendo fantásticas Golcondas
piérdense tus errantes carabelas

y arrojan á los trémulos fulgores
de astros nuevos, lumínicos temblores
de alabastro, en el mar, las blancas velas.

Uhrbach.

GABRIEL D'ANNUNZIO

GABRIEL D'Annunzio una visión hermosa
en sus ensueños mágicos persigue,
sin que el temor á lo espectral le obligue
á desandar la ruta fatigosa.

Por región ignorada y tenebrosa
con brioso ardor y loco afán la sigue,
y aprisionarla, triunfador, consigue
en la red deslumbrante de su prosa.

En éxtasis de sacro arrobamiento
la hermosura ideal de su conquista
con intensa embriaguez admira absorto,

y al hallar la belleza, el sufrimiento
la emoción de su júbilo contrista
viendo que el plazo de la vida es corto.

EDGAR ALLAN POË

Su plectro no es de oro: de fierro y formidable.
Su espíritu no es suyo: lo trajo un avatar.
Su acento es el del Bóreas. Su afán es indomable.
Su goce es el martirio, y es llanto su cantar.

Ama lo tenebroso. Busca lo inexcrutable.
Quisiera por regiones de sombras divagar.
O de encrespados mares, el piélago insondable
en noche sin estrellas impávido surcar.

No forja la áurea rima; la endecha afeminada
que lleva los recuerdos de amores á la amada
ó armónica difunde su música sutil.

El es bardo guerrero. El es robusto atleta,
que hiere con el verso, que con el símil reta
y escuda con la estrofa su pecho varonil.

RICARDO DEL MONTE

A VALDIVIA.

Como un anacoreta va el bardo viejo,
llevando sus laureles sobre las canas
doradas por un nimbo, con el reflejo
que á las altivas cumbres dan las mañanas.

De un faquir melancólico es el bosquejo
de su alma, almas gigantes son sus hermanas,
y esquivando su espíritu un mal añejo
busca el iluminismo de los nirvanas.

Es al vibrar su frase, verbo amoroso;
encanta y apasiona su noble rima,
que á trágicas grandezas rinde tributo,

y conserva por arte maravilloso,
en su diestra de anciano, vigor que oprime
el buril sugestivo de Benvenuto.

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

Tiene un canon bello, raro abracadabra,
kabalista rito que á la musa evoca
cuando á la Quimera, maga adusta invoca,
ó del arte escucha la triunfal palabra.

Es cincel su pluma que en el bloque labra
una virgen triste con nevada toca:
ya es una hetaira de entreabierta boca
senos estatuarios y risa macabra.

Es el cortesano del Golconda regio,
del galante Brummel, del toison egregio,
del cisne magnífico y la flor de lis...

Blondo y aristócrata, ama el pergamino
joyel de sus timbres; y es un bizantino
que adora las rubias hembras de París.

QUINTÍN BANDERAS

DOMINA; es su dominio la arena del combate,
la libertad su culto, su fe la rebelión,
forjado fué su espíritu que el miedo nunca abate
en fragua de titanes, con almas de león.

La cólera divina, cual bélico acicate
que hostiga los gloriosos impulsos del campeón,
arma el potente brazo que á los tiranos bate
y rudo abre una senda de fuego á la Invasión.

El viene del Oriente, lo vieron las montañas
en sus enhiestas cumbres grabar fieras hazañas
con ímpetu soberbio, con fuerza colosal;

El viene del Oriente diezmando el vilipendio,
y en medio de las llamas, en medio del incendio
deslumbra á la asombrada región occidental.

MARÍA BARRIENTOS

LA VIEJA ALMA ESPAÑOLA...

I

El ala de Pegaso
me llevó, pensativo, bajo el oro
sereno del ocaso,
al bosque de laurel, fresco y sonoro.

Y á la dorada lumbre
floreció en el prestigio de la senda
de la sagrada cumbre,
una resurrección de la leyenda.

II

La vieja alma española
tembló en los lauros y gimió en la arcada,
rompiendo la corola
de la flor de la gloria. En la sagrada

selva, tornó la vida
de las Cavas, los López y los Cides,
y en un gran soplo heroico redimida
la leyenda cobró triunfos y lides.

Y llenó la floresta
que á la épica obsesión mostró la musa,
la inmarcesible trama de la gesta,
de luz, de sueño y de visión profusa.

Toisones y tizonas,
fabulosas conquistas y heroísmos,
resplandores lejanos de coronas,
amor de ensueño y de romanticismos;

femeniles alarmas,
intrigas de rendidos trovadores,
brillo de altivas armas,
febril audacia de conquistadores..

III

Al oro del poniente
desfiló por los clásicos boscajes
la leyenda, evocada dulcemente
por la magia de un trémolo entre encajes...

SAINT CLAUS

Es un rey misterioso. Su corona
forjada fué con sus cabellos canos...
Seméjase á los viejos cartujanos
porque su dulce faz encapuchona.

Son mágicos los sueños que eslabona.
Infantiles sus tiernos cortesanos.
¡ No engendra su poder republicanos
ni fiebres regicidas su persona !

Su acento es melodiosa serenata.
Su luenga barba de bruñida plata
despereza sus ondas sobre el pecho;

Y se disuelve en su pupila obscura
el fulgor de evangélica dulzura
como un rayo de sol casi deshecho.

ÍNDICE

FLORILEGIO

POEMAS CREPUSCULARES

Págs.

DE SEVRES

Págs.

DEL CORAZÓN

LAUROS Y VERSOS

LA PÁLIDA LEYENDA DE LA TARDE

CONSTELACIONES

